



# Letras migrantes

*Varios autores*

Letras migrantes

# Letras migrantes

*Varios autores*

Imagen de portada:

## *Pintando mi sueño americano*

En esta fotografía queremos representar a los inmigrantes que residen en los Estados Unidos; sus obstáculos y fortalezas durante esta pandemia.

Algunos tenemos el privilegio de poder trabajar desde casa, desafortunadamente no todos corren con esta misma suerte, ya que muchos de ellos no han dejado de trabajar, poniendo en riesgo su bienestar, al igual que el de sus familias, sólo para llevar el sustento y tener un fondo económico.

Adrián Meza es un trabajador que se dedica a la pintura profesional de viviendas en el estado de Oregon, Estados Unidos. Es originario de León, Gto. Queremos darle las gracias por ser un héroe en esta pandemia y seguir trabajando a pesar de las adversidades.

Fotografía de Paola M Sumoza-Maciél. Su mamá es originaria de Silao, Gto., al igual que sus abuelos. Llevan 24 años viviendo en el extranjero. Actualmente viven en Salem (OR). Quisieron participar en esta convocatoria de fotografía para poder mostrar la realidad de nuestros paisanos en el extranjero y darles crédito por su trabajo.

Formación: Virginia Díaz Martínez




EDICIONES LA RANA

De los textos:

D.R. © Guadalupe Genaro Guerrero González, Tereso Alvarado Ortiz, Martha Gutiérrez Mata, Irma Zavala Almanza, Guillermo Santana Zendejas, María Guadalupe Guzmán Murillo, Richard Velázquez Perales, Josué Flores Rodríguez, Concepción Sámano, Luz Verónica Sierra Aranda

De esta edición:

D.R. ©  EDICIONES LA RANA  
Instituto Estatal de la Cultura  
Callejón de la Condesa núm. 8  
36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición electrónica, 2021

Impreso y hecho en México  
*Printed and Made in Mexico*

ISBN 978-607-8770-26-7

Ediciones La Rana hace una atenta invitación a sus lectores a respetar el trabajo intelectual y, a ese efecto, les informa que la Ley Federal del Derecho de Autor no permite la reproducción de las obras artísticas y científicas, ya sea total o parcial –por cualquier medio o procedimiento–, a menos que se tenga la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.

GUADALUPE GENARO GUERRERO GONZÁLEZ nació al sur de Tamaulipas (Tierra de Janambres), el 19 de septiembre de 1966. Es escritor independiente. Autor de *La entrevista: Una conexión con los desafíos personales* (2017) y *Ojos de cielo* (2018). Cuentos suyos han aparecido en *Monolito* (2020) y *Almayer* (2020).

Su madre, Carmen González Alonzo, nació el 15 de mayo de 1938, en Montes de Hoyos (Romita, Gto.). A ella le gusta cantar/contar cuentos y adivinanzas.

## Carmelita Remedios

He llorado tanto que ya no tengo una lágrima más; sí, una lágrima para usarla como agua bendita y arrojarla sobre la caja que estaba cubierta de flores: mi cuarto hijo ha cerrado sus ojitos. Los otros han partido, años atrás, al valle de los angelitos. Voy a renacer, como lo hacen las hojas de las ramas, que reaparecen por el rocío de la mañana. Despacio y cuidadosamente ocultaré mi corazón destrozado, será paulatino; tendré que sonreír para seguir alimentando a mis otros hijos, que libremente corren y sonríen, aún no conocen el dolor. Con ellos volveré a empezar. Seguiré por los caminos, como las aves en el cielo. Se podrá soñar que no ha pasado nada, se podrá olvidar las muchas penas; quiero tener un largo sueño hasta que me encuentre conmigo misma... de cuando era una chiquilla.

«Ahí viene Lázaro, se cree muy mozo, pues ya se le quitará.»

Escondida entre la poca vegetación de otoño, y detrás de la cerca de piedras, esperaba ansiosa que estuviera casi enfrente de mí para gritar:

—¡Ataca, *Meco*! ¡Vamos, vamos, *Meco*!

El Meco salía ladrando, eso provocaba que las chivas se espantaran y corrieran para todos lados. Me subía a la barda de piedras que había hecho mi abuelo Cándelo, y desde ahí reía al ver la situación.

Él era un joven delgadito, su pelo negro salía por debajo del sombrero, usaba los pantalones un poco cortos y algunos con un parche; teníamos la misma edad, y me decía:

—No, no, tanto trabajo que me costó juntarlas y luego traerlas pal corral.

Enseguida me bajaba para ayudarle, mientras el *Meco* seguía ladrando, pero con un chiflido lo calmaba. Ya estando en el corral me reclamaba:

—De veras que eres muy traviesa.

—Tú tienes la culpa, mira que ayer me cortaste el listón de mi pelo con unas tijeras y pues, mi abuela Amada me regañó. No le quise decir el nombre del culpable. Amigos, ándale, amigos. Ambos sonreímos.

—Ta bien, amigos. ¿Cuál es tu sueño?

—No lo sé. Todos tenemos sueños. Yo no sé el mío.

Al mismo tiempo acariciaba las flores que sonreían a mi paso. Mi abuela Amada siempre sembraba plantas en el patio de la casa, las tenía muy bellas y sanas.

Cada vez que pasaba Lázaro con sus chivas, lo esperaba sobre la barda y desde ahí, le chiflaba o le aventaba una piedra pequeña. Él sonría y levantaba la mano diciéndome adiós.

—Mira que tú también eres una chiva, siempre trepada sobre las piedras. Pasaba el tiempo y una tarde, al no verme, fue a buscarme. Al verlo le dije:

—No sé si te volveré a ver. Han llegado mis padres y me llevarán; no sé para dónde. Como mi padre no tiene trabajo fijo, no lo sé.

En ese instante le entregué el pedazo de listón para que me recordara. Él se retiró casi llorando.

Salí de mi cuarto de adobe con un morral en el hombro, y en la mano un pequeño velís usado, que contenía unos cuantos vestidos hechos por mi abuela. Ella no pudo evitar arrojar sus lágrimas cuajadas, aun así me persignó. Al instante me abrazó fuertemente, se daba cuenta que nunca la volvería a ver; poco a poco se fue despegando de mí, como una cáscara del tallo del árbol, que se desprende para dejarlo crecer. Llorando me alejé de mi perro, el *Meco*, que ladraba tras el portón de madera en la salida de la casa. Siempre me acompañaba a la tienda de don Celestino y todas las veces que iba al campo.

Estaba dejando los campos llenos de fresas, únicamente me llevaba el sabor de la fruta y los recuerdos del amigo.

Largo estaba siendo el camino para los tres. Había días que mi padre solicitaba el apoyo a choferes de camiones de carga, que nos llevaran en un rinconcito y nos bajaban cuando mi padre les indicaba.

A lo lejos miraba el tren y recordaba lo que me platicaba mi abuela de niña: me decía que era como un gusano muy largo y metálico, que iba cargado de gente, de dinero y otras cosas; en ese momento no teníamos dinero para gastar en lujos. Mi padre trabajaba por algunas horas con tal de que nos dieran algo de comer. Dormíamos a la orilla del camino cuando nos agarraba la noche; me recostaba sobre unos sarapes y observaba el cielo salpicado de nubes que tapaban por ratos a la Luna. Otras noches el cielo estaba lleno de diamantes, no alcanzaba a contarlos, pronto me quedaba dormida.

Una de tantas mañanas, repuntando la aurora, nos alcanzó un señor en un carruaje jalado por caballos. Nos ofreció un aventón, con la condición de que bajáramos cuando encontrara gente que sí le pagara hasta el pueblo. Mi padre aceptó, casi al instante me quedé dormida por el cansancio. Nos bajó en un crucero, mi padre daba las gracias. Me di cuenta de que habían pasado muchas horas, el Sol me lo indicaba. Mi padre ya me había enseñado a medir las horas con mi propia sombra.

Los tres mirábamos cuál de los tres caminos seguir. Mi sombrero de paja no era suficiente para cubrir mi cara, motivo para que mi cara fuera del color de un tomate por las altas temperaturas. No fue impedimento para seguir, sabíamos que más adelante encontraríamos vegetación.

Pasaron días y días; ya me había cambiado los zapatos por huaraches porque me habían dañado mis pies. Mi padre me los curaba con hojas verdes del campo, eso hacía que fuera lenta la travesía. Me preguntaba para qué ir a prisa o buscar un atajo, si aún no conocíamos a qué lugar llegaríamos, pero en plena juventud estaba viviendo una libertad que despertaba en mí un ciclón de emociones que hacían bien al alma y animaban a seguir hacia adelante a dominar el camino.

Algunas noches hacía festivales; sí, festivales: jugaba con las luciérnagas. Las hacía mover al ritmo que imaginaba e inventaba el baile. Mis padres sonreían, eso los mantenía llenos de paz.

La vida fluye cuando tu mente está ocupada para bien. «Sonríe al lugar que vayas, acá todos estaremos bien», eran dichos de mi abuela. Eso hacía al ver a lo lejos un bello cuadro. Era el arcoíris lleno de muchos colores,

casi palabras del corazón, y me daba cuenta que entre ellos no existía el negro, el negro que para muchos significa odio y rencor. En ese momento no había nada de eso en los tres viajeros, sólo encontrábamos gente emigrando, buscando dónde acurrucarse, como nosotros.

Sonreímos los tres al tener al frente la inmensa sierra. Aún estaba abrazada por la neblina, era el inicio de algo gigante. Volteé hacia atrás, todo estaba muy lejos. Las huellas ya se habían borrado. Me quiso dominar la tristeza. De inmediato solté mis cosas. Alcé mis brazos al cielo y fui organizando mil ideas; entre ellas mis sueños, imaginaba que todo cambiaría del otro lado. Me tenía que aferrar a algo positivo para darles fuerzas a mis padres. Ahí descansamos a la orilla de un riachuelo, bajo los árboles. Mi padre hizo una fogata para calentar la última comida. Mi madre decía con la esperanza de que pronto fuera cierto:

—Así como el pájaro gorjeó feliz en su nido, y las demás aves también, nosotros lo haremos en nuestra casa.

Trepada sobre una piedra, con los pies en el agua, observaba las flores silvestres.

— ¡Mira, madre, aquella flor se esconde! “Es tan bella, que hasta pena le dio, su cara se cubrió.”

Y en voz alta recitó:

Ella

Se estremece por la abeja.

El ser humano la domina.

El sol la acaricia.

El aire susurra sus pétalos.

La lluvia calma su sed.

La Luna plateada la viste de armonía.

La tierra la alimenta, después la recoge...

mueren, mueren en libertad.

—Ay, hijita, ¡qué ocurrencia! Te acuerdas del poeta.

—Sí, él me inspira, pero no soy poeta. He visto tantos amaneceres que me abrazan al son de su sonrisa, mi cuerpo se hechiza en un atardecer. Son las escenas tan hermosas que no necesito de besos o alguna caricia, en este instante me roban el corazón, tanto que me volví amante de la naturaleza; es fascinante. Mi mente se pierde en estos bellos paisajes. Quiero llamarlo *El camino más largo de una bella vida*.

Seguía trepada sobre la piedra y en mis manos un puño de zacate, me encontraba armando un abanico de paja para espantarme los mosquitos. Ya había nadado un buen rato en los charcos y los trapos sobre las piedras, secándose. Después de mediodía mi padre ordenó que llenáramos los guajes de agua. Ahí me di cuenta de que el agua escurría de mis manos como el tiempo, que va caminando sin provechó y no le importa, pero a mí nadie me quitaba lo que estaba viviendo, como al tiempo.

Ya habíamos atravesado pueblos y estados. Al llegar a algún pueblo escuchaba las campanadas de la iglesia, eso hacía que recordara a mi abuela Amada cuando me llevaba a misa con mis dos trenzas; toda una niña inquieta. De inmediato volvía a la realidad, no sabía dónde íbamos a parar aún. Me daba cuenta de que la madre naturaleza es un arte por sus paisajes, ya había pisado áreas verdes y semiáridas; ahí había comido tunas y pitahaya, frutas silvestres que refrescaban mi vida. Algunas tierras de color ladrillo rojizo, otras como frijol negro, y alguna más similar al color del garbanzo. Eso enriquecía mi espíritu para continuar bajo la bóveda celeste, era parte de la vida en ese instante. Era como si hubiese vivido las cuatro estaciones del año.

Mis ojos de miel se habían enamorado de todo lo visto, llegan a mis oídos pasos entre el viento y mi corazón me impulsa a encontrarlos. Alguien, alguien me espera. Kilómetros adelante nos encontramos unos mineros, nos daban hospedaje. Ellos invitaron a mi padre a trabajar en la mina, él les comentó que aún no quería morir sepultado por un colapso de tierra. Antes de marcharnos le indicaron el camino que le llevaría a la cima, era tanta la emoción que no sentía el largo camino hacia arriba. Así fue, al fin estábamos en la cima. Yo giraba y giraba mirando muy cerquita el

cielo. Era tener a Dios a mi lado. Desgraciadamente, en ese lugar había habitado una tribu conocida como *janambres*, indios sin corazón. Los indígenas *pisonés* hicieron alianza con los españoles para acabar con todos los *janambres*. Aun así, se les reconoce por aguerridos; eran comentarios de la gente que habitaba ahí. Iniciaba la bajada de un camino ancho, ahí circulaban camiones cargados de un mineral extraído de las minas. Ambas minas casi se conectan entre sí. Mi padre nos decía:

—Ya no podemos regresar. Seguiremos bajo la lluvia, mientras no se apaguen las lámparas.

Ya no sabía qué pesaba más, si mi cuerpo o el viejo velís que ni color tenía.

Al mismo tiempo se acercaba la noche y así, empapados, avanzábamos entre lodo y piedras; mi cuerpo se estremecía al ritmo de los relámpagos. No se miraba un techo, el techo que habían mencionado los mineros. Fue tanta la súplica de los tres en silencio a Dios, que él nos escuchó. A lo lejos se alcanzaba a ver una luz. Sí, era la hacienda, y al estar cerca, mi padre comenzó a gritar, pero los gritos no eran escuchados por los truenos, hasta que al fin salió un hombre con la lámpara de petróleo, diciendo:

—¿Qué anda haciendo con esta tormenta?

—Tenemos todo el día caminando. Déjenos descansar esta noche, aunque sea en los corrales.

—No, cómo cree. Pásenle. No se vaya a enfermar su familia.

Aquella familia nos tendió la mano esa noche. Muy temprano se levantó mi padre a ayudar a ordeñar las vacas y mi madre a ayudar a la cocina, mientras yo seguía dormida, reposando la aventura. Aquella familia convenció a mi padre de quedarse. Yo seguía en las mismas, no sabía nada, y quizás él no sabía hacia dónde ir ni qué buscaba. Yo me había criado con mi abuela Amada, mamá de mi padre. Él salió huyendo sin rumbo fijo. Le había jugado chueco a sus primos y lo querían ver en la cárcel. Eso me lo había comentado mi abuela Amada, ya tenía edad suficiente para saber la verdad. Entendía el motivo, por eso me había sacado de Monte de Hoyos, por temor a que fueran a tomar represalias contra mí. Quizá

fue eso, nunca me negué a seguirlos; inconscientemente quería saber qué hay más adelante de mí. Esa curiosidad me hizo recorrer la aventura.

Fueron pocas las semanas que duramos. Ahí iniciaba la carretera, y para él significaba que más adelante había futuro; eso nos dijo a las dos, y volvimos a caminar. De tanto andar y pasar días a la orilla de la carretera, vi nuevamente llanuras calurosas y secas, hasta que llegamos a un lugar conocido como El Oro Blanco, así le decía la gente trabajadora al pueblo.

Había un galerón con muchas camas, se dormía para levantarse con el cantar de los gallos. Al llegar a la orilla de las grandes parcelas lo primero que vino a mi mente fue ver las copas de las plantas forradas de nieve, nieve que nunca había conocido, sólo me la imaginaba por cuentos de mi padre. Enseguida las borré de mi mente porque eran campos reales, llenos de flor seca color blanca. Lista estaba para pisar su algodón y depositarlo en un colote que llevaría sobre mi espalda; eran surcos de plantas. Trabajábamos casi de sol a sol. Ahí ya no saltaba como niña, como lo había hecho entre los campos de las fresas.

Al terminar la cosecha regresamos a la hacienda, porque el dueño le había prometido a mi papá trabajo y un pedazo de tierra. Entre los tres pudimos juntar unos pesos. Al llegar nos recibieron muy bien, cumplieron la promesa. Entre su gente nos hicieron dos casitas de madera, y con los centavos se compraron catres para dormir y ollas para hacer las comidas.

Al paso de los días, cuando terminaba de limpiar la casa, abría la ventana de par en par, para ver y escuchar las aves cantar; recordaba lo que mi madre había dicho meses atrás. ¡Me sentía tan feliz con mis dieciséis años! Me preguntaba cuándo llegará a mí el príncipe, el que me llevará de la mano a un baile. Eso me imaginaba y me daba cuenta en el espejo del agua, que mis ojos brillaban y el corazón palpitaba cada vez que lo veía a la orilla del río. No muy lejos de mí, un joven fuerte esperaba que llenara las cubetas con agua. Tenía intenciones de ayudarme, pero su timidez se lo impedía; después acercaba sus caballos a beber. Cada vez que me lo encontraba por el camino me entregaba un ramo de flores de copas moradas, las había pedido prestadas a la naturaleza, y sin decir nada me insistía que las tomara. Al tomar el ramo, medio agachaba la cabeza,



y con el rabo del ojo miraba que él medio sonría. Mi cara se ponía del color del vestido rojo; sí, mi color preferido. Cada vez que iba al pueblo con mi madre me surtía de diferentes telas lisas, estampada con flores o rayadas, que sobresaliera siempre el rojo.

Había llegado nuevamente el invierno, aun así, en el ancho cielo se dejaba ver la Luna y, con un poco de suerte, los dos estaríamos viéndola, dándonos las buenas noches a través de la ventana.

Mirando la veladora, decía en voz bajita, casi a mi oído: La llama de la vela tiembla y está pidiendo abrigo. Cerraba mis ojitos cansados de un largo día.

Los domingos acudíamos al campo para ver a los jugadores de beisbol. Eran competencias entre equipos de ranchos, y entre ellos se encontraba el mismo hombre fuerte, alto, de bonito color ébano; me gustaba mucho. Luego, en un baile me entregó su pañuelo. Mi rostro se puso del color de mi vestido rojo. Eso significaba ser su novia, siempre y cuando aceptara el pañuelo. Emocionada acepté el pañuelo. Muy apenada le conté a mi madre. Ella nada más sonrió, porque comprendía la edad que tenía, o al igual que yo, ya no quería que mi padre partiera hacia otro lugar desconocido, y casándome, él se quedaría a vivir ahí.

Una tarde de invierno, él se encontró con mis padres en casa, solicitando mi mano para casarnos. Lo curioso fue que nunca me preguntó, para qué si eso quería yo. Después me di cuenta que había llevado dinero para comprar mi vestido de novia; al poco tiempo, estaba con familiares armando la enramada con tul y flores blancas muy hermosas. Así fue como llegaron los primeros hijos de un hermoso matrimonio. Había llegado a lo más alto de la felicidad.

Por la mañana entonaba las canciones de la radio, mientras preparaba el almuerzo de los niños y lonche para mi esposo, que se encontraba en el campo preparando las tierras para cultivar. Eso lo había visto y aprendido de mi abuela Amada, a ella le gustaba mucho cantar y decir poemas; sí, poemas del poeta Rafael López, nacido en mi tierra. Fue olvidado, pero yo no lo olvido. Fue dos veces vicepresidente del Ateneo de la Juventud de México, del año... no importa, todo quedó plasmado en revistas, periódicos

cos la mayor parte, y otro tanto en un libro titulado *Con los ojos abiertos*. Bellos poemas que él dejó. Quiero decirle un pensamiento de mi alma:

Cama

Cama:

Mueble viejo que  
ayuda a leer tus ojos  
de miel.

Dormir desnudos hasta llegar al  
universo.

Soñar tus mundos.

Engañar contigo el  
tiempo.

Llorar de nosotros  
mismos.

Descansar del día  
que Dios nos entregó.

Cama:

Mueble que admite,  
hacer el amor entre  
sábanas y morir de todo  
en la cama.

Un día mis padres partieron, dejándome bien establecida con mi nueva familia. Cada vez que iba al pueblo llegaba al servicio de correo y preguntaba si había alguna carta de ellos. La encargada era pariente de mi esposo y me decía:

—Yo te aviso cuando te llegue una carta.

Fue así como me fui olvidando de las cartas, porque me llegaban cada dos, tres y hasta cinco años. Las enviaban desde diferentes lugares: Guadalajara, Tijuana, México, Sonora. Lo que sí recuerdo es que me dijo:

“Perdóname, hija, tu mamá y yo queremos conocer más”. Se marcharon y les pido que fortalezcan mi cuerpo en la tierra, y cuando esté con ellos me hincaré por gratitud y amor.

Una tarde de verano llegó mi viejo —de cariño así lo nombraba— y dijo:

—Alista a los niños, los llevaré a conocer el mar. He obtenido buena cosecha. Partimos en un camión de carga; eran pocas horas de ahí.

Casi sacaba la cabeza por la ventana de lo emocionada que estaba, y observaba el contraste en un llano semicubierto de florecillas amarillas y entre ellas unos peñascos rojizos como de quince metros de altura, aún iluminados por el Sol; al fondo, los cerros entre el color verde oscuro y azul. Sí, una libertad más allá de todo. Al llegar a la orilla del mar, me hiqué para tomar agua con ambas manos y echármela a mi rostro. Suspiré y a la vez exclamé: ¡Dios eres grande! Después observaba el movimiento de las olas, parecido a la masa en el metate, que va y viene. A lo lejos, el Sol hacía brillar el agua como si estuviera hirviendo, lista para un buen caldo de gallina.

Miraba a mis niños correr con los brazos arriba tras las aves playeras, como si fueran volando su propio papalote; mi viejo los seguía de cerca. El Sol alargaba mi silueta enamorada, soñada en una isla llena de emociones, y mis suspiros hacían erosión entre la belleza natural. Sí, estaba gozando una tarde exquisita frente al mar, sentada en la silla y apoyada sobre la mesa de madera; los pensamientos veloces llegaron: Si mi padre hubiese llegado aquí, capaz habría zarpado en un barco para perderse en altamar.

Sacudí mi pelo y miré que la mesa estaba cubierta por un mantel de flores y bordado de estambre en la orilla, al centro un florero de tulipanes rojos; de inmediato me acordé de mi abuela Amada, que me había enseñado a bordar manteles. Y a mi lado un coco, agua deliciosa, los bocadillos, una mezcla para ser feliz entre los huapangos y boleros que entonaban tres señores. Me enamoraba más de mi viejo de ébano. Mis ojos de miel hacían juego con el atardecer, mis aretes turquesa eran el mar que me acariciaba; sí, mi juventud humedeciéndose por momentos como la brisa a las rocas. Para ti, un pensamiento lanzado al aire:

Enamorado de mis ojos

Apuesto que todos te dicen “Enamorado de mis ojos”,  
Y quieres navegar en ellos hasta cruzar el mar.

Quieres llegar hasta la isla, mi isla desnuda, conocerla lentamente apagando tu sed.

Una isla llena de pasión, tarde de miradas prosaicas. Tu mirada un poco más, más azul que el mar.

Apuesto que todos te dicen “Enamorado de mis ojos”,  
Y quieres navegar en ellos, Enamorado de mis ojos.

La felicidad nunca es completa, lo veo en la familia. Es como un río, a veces las aguas son transparentes y se refleja amor; en otras ocasiones, revuelta, momentos de soledad. Cuando no ocupamos a Dios, lo vemos como un avión muy lejos y chiquito, pero cuando lo requerimos, lo queremos ver aquí cerquita y muy grande. No, no voy a perder la fe, sin embargo... Es mentira que durmiendo se olvidan las penas. Sigo muy

triste por la muerte de mi bebé, aunque pase el tiempo, nunca desaparecerá la cicatriz... quizás.

Quizás cuando despierte me preguntaré ¿qué sabor tiene la vida? La respuesta llegó al día siguiente. Sí, esa mañana, al abrir la tiendita, ahí estaba una ancianita. Se sentaba en la banca, y entre el llanto de uno de mis hijos, pedía un pan y jugo de naranja. Sentada seguía comiendo sin dejar de mirar a mis hijos, mientras yo barría el frente de la tiendita; al terminar dijo:

—Tu hijo llora porque le duele su pancita. El doctor no cree en eso y no hay medicamento. Te voy a enseñar a curar. Es una receta para que salves a muchos. Ah, pero no es para que te hagas rica.

Aquella ancianita me tranquilizó. Fue así como la dejé entrar a la casa y comenzó a curarlo. Él se fue quedando dormido, reposando su dolor, mientras se hervían unas yerbas que había sacado de su bolsa de manta.

—Esto, lo que hago, es una competencia con los médicos. No lo niego. Ellos son mucho más inteligentes, sin embargo, no lo han superado. Mujer, veo que estás de luto, ¿quién se te murió?

—Un hijo de cinco meses.

—Pues a éste le iba a pasar lo mismo, pero se te va a aliviar. Ten fe. Cuando despierte le das a beber medio vaso de té y por la noche otra vez. Mira, siempre ten esto en una bolsa o recipiente para cuando se necesite. Luego consigues más, porque serán muchos los que tú cures. La gente te buscará. Eres muy bonita, y no te preocupes, vendrán más hijos. Serás muy feliz, vivirás muchos, muchos años. Tu nombre suena encantador, así te llamas, como lo dice tu tiendita. Me voy, es muy largo mi camino.

Me quedé muy contenta, al grado que creía que era un sueño. El tiempo lo ocupó orientándome de cada detalle. Su nombre no le pregunté, no le pregunté. Seguía pensando por ratos, si todo lo había imaginado. Pero no fue así.

Conforme pasaron los meses, los años, fueron creciendo, entre ellos Guerfo, un niño muy delgadito e inquieto.

Y estaba ocurriendo lo que ella me había dicho, se cumplía al pie de la letra; fue un pacto de amor, porque no quería que en un hogar hubiese

lágrimas, solamente sonrisas. La gente que sigue estimándome regresa a tomar un café, conversar de la fe en mí, y en mis delicadas manos que son para sanar; Dios me las regaló.

Fue a cambio, porque jamás supe de mi familia, la gota de sangre original, la que dejé atrás cuando era niña. Dirán: ¡Pretexto! No los busco. Sin embargo, el destino y la felicidad tienen diferentes caminos y el mío fue sanar a muchos. Sé que no olvidarán el nombre de la señora Carmen, Carmelita Remedios, así me conocen.

*Lo que anhela toda mujer es construir un hogar maravilloso dentro del corazón de cada ser humano... amo la vida... ¿y tú?*

Recuerden siempre: sean héroes desinteresados, tal como lo fui. Realicen todas sus metas y sus sueños. La vida se va desarrollando cada vez que nace algo nuevo, una flor, un animalito, y de nosotros mismos; todo es novedad a cada momento, nunca destruyan nada. Les dejo una obra del corazón...

Respiran como la tierra

Un Cristo imaginario detrás.  
Ellos llevan su frescura en el  
alma.  
Respiran como la tierra,  
antes y después.

Niños, aventureros  
son, van saboreando  
la vida.  
Sus mejillas se sonrosan al oír  
rebuznar al guapo de cascos  
ligeros.  
Ahí, el patrón de botas  
finas, de sombrero vuelo  
ancho, sostiene en su

mano la botella de vino.  
Ella acaricia el  
vientre:

Otro nuevo  
corazón  
engendrado entre los  
maizales.  
Evento que palpita de  
felicidad.

TERESO ALVARADO ORTIZ es originario de Ocampo, Gto. Nació el 3 de octubre de 1949. Sus padres, José Ortiz Solís y María Alvarado Ortiz. A los 21 años llegó a Dallas (TX). Durante los primeros años se relacionó con su comunidad de origen, luego con su estado, Guanajuato. Es tan profundo el compromiso con su estado que desde hace 26 años sigue relacionándose con instituciones gubernamentales, para atender asuntos de la comunidad guanajuatense y sus familiares.

## Reflejos de un sueño migrante

El ser humano nace, crece, se reproduce, y el día que muere termina su compromiso en este hermoso mundo que recibió como regalo para que en él deje su huella. ¿Qué tipo de huella estamos preparando para dejar?

Nació un 3 de octubre de 1949, en un pueblo que, según la geografía, se remonta en la Mesa Central del país, Ocampo, Gto.

Fue el quinto de siete hermanas y nueve hermanos; sus padres, José Ortiz Solís y María Alvarado Ortiz, de origen campesino y productores de ladrillos. Sus primeros pasos los marcó en los ladrillos, ya que era un gusto caminar sobre ellos cuando los trabajadores los tendían frescos en el suelo.

Creció en un ambiente con un gran calor humano, con principios morales y religiosos. Estudió en el Colegio Guadalupano, pero por ser víctima de *bullying* sólo pudo cursar hasta cuarto grado de primaria. Desde muy joven participó de lleno en los grupos de su tiempo, como fue Acción de Jóvenes Católicos Mexicanos (ACJM) y en diversas actividades de su parroquia. Al mismo tiempo, comprometido con sus padres, apoyaba con las labores del campo y de la casa, atendiendo los asuntos generales como la siembra, atención al poco ganado que mantenían como apoyo alimenticio, recogiendo la cosecha y el aguamiel, para que nunca faltara lo necesario en apoyo a sus padres.

En 1970, ya casi para cumplir 21 años, su vida dio un giro, pues se comprometió con Ramona Gómez del Campo, con quien ya tenía cinco años de noviazgo. El pasado 2020 celebraron sus 50 años de matrimonio, rodeados de sus cuatro hijas, sus dos hijos y sus veintitrés nietos.

Recién casado, cambió la agricultura por la albañilería. Trabajó por diez meses como peón con su hermano mayor Jesús.

Un día que jamás podrá olvidar, llegó la invitación de uno de sus amigos que hacía poco había legalizado su situación en Estados Unidos de América. Éste le ofrecía su apoyo económico: un préstamo de \$120 dólares, que en ese tiempo era el costo del viaje. Sabiendo que el futuro para su familia no era muy prometedor en México, decidió aceptar. Un 4 de mayo del 1971, dejando a su amada esposa Ramona, a sus padres y a sus hermanos, en compañía de un hermano mayor –con un camino ya recorrido en su añorado pueblo natal y por una mejor vida para los suyos–, decidió probar suerte y emprendió camino al Norte.

Todo un plan: en la frontera Laredo, TX, su amigo lo esperaba, y acompañados de cuatro vecinos del barrio, con muy buena suerte, el 6 de mayo de 1971, alrededor de las dos de la tarde, entraron a la ciudad de Dallas, Texas. Al día siguiente encontró su primer empleo: lava platos. Su primera experiencia fue trabajar donde el alimento era abundante; sin contar con lo necesario para un platillo, tuvo que aprovechar las sobras de comida que llevaban los platos que lavaba. Gracias a Dios, siempre había algo.

Muy pronto, por amistades de algunos compañeros que ya lo conocían, le apareció un cambio y su nuevo empleo: empacar legumbres, con lo que hubo un aumento de sueldo. De ganar 60 centavos por hora, se cambió a 85. Mientras pasaban los primeros días más difíciles de su vida en este nuevo país, seguía intentando encontrar siempre un mejor empleo. No pasó ni un mes cuando logró ganarse la confianza del mayordomo, don Roberto Gabriel, de origen peruano. Tanto confió en él que se fue a vivir con su familia, en 727 Ave. Ewing, y pronto tomó una posición muy aceptable.

En diciembre del mismo año, por esfuerzo de su trabajo, fue transferido a la bodega principal de la misma compañía, American Produce, donde alcanzó una buena posición. Llegó a ganar hasta \$1.50 dólares por hora. Pasaban los días y la comunicación con su esposa y familia no era fácil, pues los servicios de comunicación estaban tan atrasados que Ocampo sólo contaba con una caseta de teléfono, y no siempre se encontraba espacio.

Mientras esto pasaba, con un gran entusiasmo empezó el plan para ahorrar lo más que se pudiera, y en junio del 1972, pensando en su familia, su Ocampo y su México lindo y querido, decidió volver a casa. Y con un gran cargamento de proyectos y de ilusiones, y algo que siempre soñó, un acordeón sobre sus hombros, llegó a su tierra Ocampo, Gto.

Su primera inversión fue una tienda de zapatos. Con veinte mil pesos en la mano, rentó un local en el centro de Ocampo y lo surtió de calzado. Para llevar la mercancía, cada viernes tomaba el camión urbano que salía a León a las 8:00 am y regresaba a las 6:00 pm. Así fue durante dos años, los cuales fueron emocionantes, pues su primer hijo, J. Guadalupe, llegó a este mundo un 9 de mayo de 1973, un motivo más para salir adelante. Mientras esto pasaba, se integró al servicio de la parroquia. Fue fundamental el volver a lo que tanto vivió cuando niño y joven en la A.C.J.M., así como los momentos inolvidables de las labores en el campo.

El tiempo pasó pronto. Su negocio prosperaba y exigía un vehículo para viajar a León y trasladar la mercancía. Dialogando esto con su esposa, decidieron que él volviera de nuevo a probar suerte en el Norte, para conseguir el vehículo que sería el futuro para el progreso, ya que no era posible conseguirlo con las ganancias en Ocampo.

El 14 de septiembre de 1974, y dejando a su esposa en cinta, esperando a su segundo hijo, de nuevo cruzó la frontera. Después de dos intentos, logró llegar al mismo lugar de trabajo, donde lo estaban esperando. Ahí estuvo por tres meses, pero luego algo extraordinario pasó: le propusieron una oportunidad en otra compañía, de nombre Schepps Groceries Supply. Un 20 de diciembre de 1974, un giro de 180 grados cambió su vida, pues gracias a Dios le esperaba el gran sueño americano, y el futuro se presentó tan próspero que, después de dos meses de trabajo, encontraron que era candidato para ser el futuro director de la planta. Esto le hizo olvidar el vehículo para hacer las compras en León y le llegó la gran idea de poder traer a su esposa, con su hijo J. Guadalupe y el nuevo miembro que estaba cerca de nacer.

Fue un 3 de abril de 1975, cuando su esposa llega para reencontrarse con él y con su hijo. Fueron recibidos por un pariente en su casa, donde

vivieron por unos días. Rentaron lo que en el futuro sería su primera casa propia, ubicada en el 318 West 8th. St. Dallas Texas 75208. El 29 de abril de 1975 su hogar se llenó de alegría con la llegada de su primera hija: María.

Mientras crecía la familia, su empleo mejoraba. Fue en este año cuando recibió una carta de parte de quien los quiso mucho, del señor cura Isidro Méndez Escamilla, quien los había casado. Su carta decía lo siguiente: “donde quiera que vayan, no se olviden de sus principios morales y religiosos. No olviden sus raíces, su cultura, de su pueblo Ocampo y sus fiestas y costumbres”. Eso dio inicio a lo que después de veinte años sería lo que hoy se conoce como Dallas-México Casa Guanajuato. Esto se inició con un pequeño grupo de ocampenses, que dieron nombre al primer grupo en Dallas Texas: Compañeros Unidos de Ocampo, en 1975.

La formación del primer grupo de guanajuatenses (mexicanos) sentó las bases para generar un apoyo para las familias de origen. Fue así que durante un par de fiestas tradicionales —el 24 de junio, día de san Juan Bautista, patrono de este pueblo, y el 12 de diciembre, día de la virgen de Guadalupe, que es fiesta nacional—, se realizaron quermeses y rifas, lo que se traducía en un fondo económico para resolver algunas necesidades de urgencia para los más necesitados; además de contribuir para los gastos de dichas festividades, entre otros aportes. Fue así que ha surgido tanta historia que los guanajuatenses han construido con mucho esfuerzo y sacrificio, pero con una gran satisfacción por los logros que se han alcanzado fuera de nuestras fronteras.

Dos años más tarde, en junio 5 de 1977, la cigüeña los visitó con otra linda hija: Teresa. Mientras tanto, una esperanza apareció con la solicitud para su legalización por parte de su primera hija ciudadana. Recibieron en diciembre de 1978 la noticia de reunir la información necesaria para la cita en México, y viajaron todos con la esperanza que se volvió un poco triste, después de unos días de que llegaron a Ocampo, pues les dieron una mala noticia: las leyes habían cambiado y quedaron fuera de la oportunidad. Sin embargo, habían ahorrado lo suficiente para comprar su casa en Ocampo y unas doce hectáreas de terreno cerca de Ocampo. Era su

gran ilusión: contar con un lugar en donde él y su familia pudieran vivir y ponerse a sembrar.

Mientras reconstruían su casa en Ocampo pasaron dos meses. Al ver que su patrón lo seguía llamando, decidió volver. En febrero de 1979 volvió a su antiguo empleo, tomando de nuevo la posición de director de planta. Un mes más tarde, su esposa llegaría de nuevo, con los tres pequeños. Se volvieron a reinstalar y luego vino lo increíble, para finales de año: sucedieron dos importantes acontecimientos en sus vidas. Primero, el dueño de la casa que rentaban, Mr. Ledfor, un buen hombre ya muy mayor de edad que se encariñó con sus hijos y ellos con él, le hizo la propuesta de la casa lo que, aun sin los documentos legales, los hizo acreedores. Les vendió dos casas a un precio de regalo. Eso les hizo comprender más que Dios da el cinto por uno, pues gracias a este buen hombre sus vidas dieron un cambio muy importante en este nuevo país que les había abierto las puertas. El 17 de diciembre de 1979 tuvo lugar el segundo acontecimiento: nació su tercera hermosa hija: Ana María.

Siguieron reuniéndose periódicamente para hacer algunas rifas y venta de comida. Era su manera de brindar apoyo a las fiestas más populares de la parroquia en Ocampo: la del patrono del pueblo, el 24 de junio, y la fiesta nacional de México, 12 de diciembre. Las personas mayores en Ocampo, especialmente, recibían canastas de alimentos y cobijas, ya que Ocampo es extremadamente frío en esas épocas del año.

La cigüeña volvió a visitarlo pronto, y sus últimos dos retoños llegaron muy seguidos: Verónica nació en un día histórico para México, el 20 de noviembre de 1980, y un varón vino al mundo en la noche buena de 1981, y lleva por nombre José Manuel.

Ahora, después de toda esta historia familiar, son muy felices y afortunados porque Dios les ha concedido verlos crecer y casarse. La familia cuenta con veintitrés nietos. Lo más importante, es apoyado por ella en cada momento en el que hay que estar presentes para dar la mano a quienes los necesiten.

En los últimos días de 1981, su patrón, Mr. Gerry Schepps, lo llamó a su oficina para decirle que inmigración andaba rondando la planta. Sabía

que contábamos con un buen número de trabajadores indocumentados y se preocupaba. Era posible que también a su director lo deportaran. Mr. Schepps se sorprendió al saber que no contaba con los documentos necesarios y le propuso que por medio de la empresa hicieran una solicitud de estatus migratorio legal ante el gobierno federal para el puesto que tenía. No hubo ningún inconveniente. El 19 de septiembre de 1983 estuvieron en la embajada de México su esposa, su hijo J. Guadalupe y él.

Luego de la entrevista, recibieron un sobre cerrado que llevaba el pase para los tres miembros de la familia. El 21 de septiembre los ocho miembros de la familia cruzaron por primera vez con la frente en alto por los logros que como familia habían tenido. Con gran ilusión llegaron a EUA, sin embargo, otra sorpresa les esperaba. Mr. Gerry Schepps lo llamó a su oficina y le dio una noticia un poco triste: después de 10 años de trabajar juntos venía un gran cambio en su vida, increíble: la empresa estaba en venta y no había remedio. La planta de muchos millones se tenía que vender. Mr. Schepps lo apoyó con un documento donde se reconocían sus méritos y conocimientos, lo que le ayudaría para emprender el siguiente cambio.

El 19 de marzo de 1984 fue a tocar la puerta de la Giford Hill Pipe Company. Al solicitar empleo la respuesta fue negativa porque su experiencia no cubría ningún puesto, pero lo que él buscaba era un empleo, sin importar la posición que le dieran. Se comprometió a empezar desde abajo, y así vieran su capacidad e interés. Lo aceptaron como parchador (reparación de tubos de cemento); estuvo por tres meses aprendiendo. No pasó un año cuando vieron su entrega y posibilidad de dirigir algún departamento. Gracias a Dios, poco a poco se fue superando, y entendió que después de más de veintiocho años en la empresa cada día se podía aprender algo más para compartir con sus paisanos.

Muy pronto fue ascendiendo hasta llegar a ser el director de la planta. Aprendiendo cada día, se dio la oportunidad de dirigir los programas de seguridad en español; al mismo tiempo, en reuniones generales, traducía al español. Lo reconocieron por los logros que se fueron dando. La planta cambió de nombre al transformarse en empresa multinacional: Hanson



Pipe en Precast. Para él fue un orgullo ser el director de una de las plantas más grandes del mundo en su clase.

Como persona, lo único que puede decir es que, gracias a Dios, a su familia, y a tantas buenas personas que han rodeado su vida desde su infancia, estos logros se han dado. Él solo sabe que es un instrumento y que hay un ser superior a quien ya le debe tantas satisfacciones y con quien seguirá comprometido a través de su comunidad. Mientras tanto, el grupo de Compañeros Unidos de Ocampo seguía su misión, congregándose cada oportunidad; la historia iba creciendo y escribiéndose.

#### De un grupo a una organización

En 1993, para una de las actividades en apoyo a la festividad de la virgen de Guadalupe, invitaron al cónsul de México en Dallas a la celebración. Le interesó tanto lo que presencié y lo que hacían, que le envió una carta al entonces gobernador del estado de Guanajuato, al ingeniero Carlos Medina Plascencia, quien se interesó por conocer nuestro grupo, Compañeros Unidos de Ocampo. Para ello envió a su secretario particular, al licenciado Ramón Martín Huerta, que en paz descanse. Visitó Dallas con el objetivo de conocer al grupo de Ocampo, con el interés por parte del gobernador para que formara una organización que representara a los 46 municipios. Eso los motivó tanto que surgieron los demás grupos con los que daría inicio la organización que hoy se conoce como Dallas-México Casa Guanajuato, con los primeros integrantes originarios de San Miguel de Allende, San Felipe y Ocampo. El 18 de septiembre de 1994, con la visita de ingeniero Carlos Medina Plascencia a la ciudad de Dallas, se firmaron los acuerdos que verían nacer Casa Guanajuato Dallas como una organización no lucrativa con los siguientes objetivos.

- 1) Ser un puente entre nuestra comunidad y el estado de Guanajuato.
- 2) Fomentar nuestras raíces, tradiciones y cultura.
- 3) Asegurar que la familia sea la base principal para resolver cualquier problema que aqueje a nuestra comunidad.

4) Orientar nuestros objetivos siempre al bien de la comunidad y nunca al lucro de particulares.

5) Mantener nuestra agrupación abierta a todos, sin importar raza, credo, o preferencias de partido.

6) Nunca permitir que nada ni nadie altere sus finalidades.

7) Poseer y mantener un lugar en el que nuestra comunidad se cultive y se capacite.

8) Integrar nuestra agrupación con el resto de las comunidades de Dallas y Fort Worth con el fin de fortalecernos y enriquecernos espiritualmente.

9) Siempre será dirigida de manera autónoma para llevar acabo todos los objetivos antes mencionados.

Desde el nacimiento de su organización han trabajado siempre de la mano y en conjunto con dependencias gubernamentales, tanto municipales, estatales como federales, siempre poniendo de relieve todo aquello que los migrantes necesitan y requieren para llevar vida más informada, con asesoría y orientación. A veintiséis años de vida, siguen activos por el bien común de los migrantes. Todos los gobernadores posteriores los han visitado y han trabajado de la mano desde la primera oficina del migrante guanajuatense y hasta ahora con la Secretaría del Migrante Guanajuatense y Enlace Internacional.

Casa Guanajuato, desde su nacimiento, ha puesto su interés en resolver todo aquello que la comunidad pide. Dentro de los objetivos, siempre apoyan con programas como los realizados hasta ahora. Cabe mencionar que las primeras actividades realizadas fueron un gran éxito gracias al apoyo de la comunidad, los medios de comunicación, y a las parroquias del barrio de Oak cliff: Santa Cecilia y el Sagrado Corazón de Jesús, que siempre estuvieron dispuestas para brindar atención y facilitando sus instalaciones desde 1975 hasta 1995. En ese año, los miembros de Casa Guanajuato se comprometen a comprar sus propias instalaciones.

Después de que nació Casa Guanajuato, el siguiente paso fue registrar su nombre. Se hicieron los trámites correspondientes y dos meses después, el 11 de octubre de 1994, se declaró legalmente establecida como una



organización no lucrativa (ONG) quedando registrada en Austin, Texas, como Dallas-México Casa Guanajuato. El número que asignó el estado de Texas como corporación sin fines de lucro, 501 (c)(3) Tax ID. 752 56 3413, de acuerdo a la sección 170 y 6115 de los servicios internos federales.

Durante los primeros meses de trabajo decidieron poner los objetivos en práctica. Uno de los sueños más anhelados fue conseguir un espacio físico. En la búsqueda se encontró un edificio que le pertenecía a AT&T y lo tenía en venta por más de 100 mil dólares. Después de varios ofrecimientos, dieron la buena noticia: por ser para uso comunitario harían un descuento. El edificio está ubicado en el número 1002 W. Brooklyn Ave. Dallas, TX 75208. Al comprobar la decisión y buena fe de la organización, rebajaron el costo del lugar de más de 120 mil dólares a 85 mil. Las dimensiones son de 37,500 pies cuadrados de terreno y un edificio de 11 mil pies cuadrados. Tiene un estacionamiento interior para 80 vehículos y un salón de eventos para 700 personas, además de algunos pequeños salones que se utilizan para actividades educativas, talleres y reuniones.

Los miembros de la organización están convencidos de que si continúan trabajando con entusiasmo, transparencia, honestidad, y gran fe en Dios, seguirán logrando éxitos que se transformarán en más y mejores servicios para la comunidad. Asesorar, orientar e informar es uno de los compromisos por lo que se ha reconocido a Casa Guanajuato en varias ocasiones, por su esfuerzo y por su labor incondicional al servicio de la comunidad en general, porque siempre está abierta para atender a todos los que solicitan ayuda, sin importar la raza, credo o preferencias de los que la soliciten. No importa quién hable, a dónde, a qué horas y por qué hable, siempre le escucharemos, pues sabemos que si no le pudiéramos resolver su problema sí le escucharemos, y eso le cambia la vida a la persona.

Las puertas de las instalaciones se abrieron el 30 de agosto de 1995 y sus primeros programas fueron: educación, cultura y deporte. Éstos han sido la base de todo lo que se ha ido integrando, como los servicios que van desde cómo descargar un acta de nacimiento; cómo apostillarlas, ya sea en USA o en Guanajuato; asuntos legales, de inmigración, ciudadanía; enseñanza del idioma inglés, computación, GED, primaria y secundaria a

través de INAEBA del estado de Guanajuato. Desde la apertura de nuestro centro, se inició con el programa de boxeo para niños y niñas desde los 8 años. Se ha participado en diversos torneos estatales y ya se tuvo la representación desde Casa Guanajuato hasta Bélgica, en sus últimas olimpiadas. En fútbol soccer, desde los primeros años se participa en varios torneos al año. Ya se cuenta con un buen número de trofeos.

Casa Guanajuato, desde septiembre de 2014, cuenta con su propia estación de radio. Sus objetivos son tres: ser la voz de la comunidad, si alguien quiere aprender comunicaciones o enseñar se le ofrece su espacio, cualquier empresario que tenga el deseo de contribuir con apoyo a nuestros programas tiene la garantía de deducir de sus impuestos cualquier donativo en dinero o en especie y se le dará tiempo para anunciar su negocio dependiendo de la cantidad que done.

En Casa Guanajuato está iniciando un nuevo proyecto que se ha nombrado Casa Guanajuato TV. La intención es entrevistar a migrantes destacados con trayectoria, profesión o con puestos que representen alguna importancia o interés. Las entrevistas se transmiten los martes y jueves a las 8:00 pm. Por la página de Facebook y de YouTube a las 8:00 pm. Esto con la intención de motivar a la comunidad, impulsando a otros animándolos a reconocer y decir que sí se puede lograr el superarse y ser hombres y mujeres de bien.

Con el correr de los años, por sus actividades y acciones, Casa Guanajuato ha recibido diversos y múltiples reconocimientos, pero entre los más importantes está el Jefferson Award. Fue entregado en el Capitolio (Washington D.C.), el 3 de junio de 2004, por la señora Hillary Clinton. El otro es el Ohtli, reconocimiento que el gobierno mexicano otorga por el servicio a la comunidad. Fue entregado durante la celebración del 204 aniversario de la Independencia de México en septiembre de 2014. Otros han sido: el que hiciera Vicente Fox Quesada en su visita a Casa Guanajuato en 1996; desde Ocampo, el señor Mario López, presidente municipal, en agosto de 1996; Ron Kirk, alcalde de Dallas, en septiembre de 1996 y en julio de 1998; el Ledbetter Neibor Hood Asociaton, por el señor Henry Martínez, en julio de 1998, entre muchos otros.

Esta pequeña historia es parte de la vida de un pueblo que se identifica con sus hechos y acciones. Estas páginas contienen sólo una pequeña parte de la enorme cantidad de sucesos que han ocurrido y seguirán ocurriendo día a día en nuestro centro.

Reconocen y agradecen el esfuerzo que el Gobierno del Estado de Guanajuato a través de sus instituciones ha puesto desde 1994 hasta el presente para atender a los guanajuatenses a través de la Casa Guanajuato Dallas.

Nuestro reconocimiento a los empresarios que han confiado en nuestra organización, contribuyendo con su apoyo económico en el momento de mayor necesidad.

A todos los medios de comunicación, por apoyarnos a difundir con interés todos nuestros programas y actividades que cada día ofrecemos en beneficio de nuestros migrantes y familias de origen.

No podríamos olvidar a la gran comunidad, tanto a los voluntarios que han participado desde nuestros primeros días de acción como a todos aquellos que en algún momento y de alguna forma han pasado por nuestro centro, a estos cuatro grupos (gobierno, empresarios, medios de comunicación y a la comunidad), todo nuestro reconocimiento y agradecimiento, pues sin ustedes las acciones de Casa Guanajuato Dallas no serían posibles.

Casa Guanajuato agradece especialmente al ingeniero Carlos Medina Plascencia, al licenciado Vicente Fox Quezada, *in memoriam* licenciado Ramón Martín Huerta, a los licenciados Juan Carlos Romero Hicks, Juan Manuel Oliva Ramírez, Miguel Márquez Márquez y Diego Sinhue Rodríguez Vallejo, actual gobernador, a todos por la atención que nos han brindado desde 1994, a través de la oficina de Atención a Comunidades Guanajuatenses, y hasta 2020 con la Secretaría del Migrante Guanajuatense y Enlace Internacional, al Instituto Estatal de Cultura de Guanajuato, oficinas coordinadas con gran calidad humana, cuyo personal ha tenido a bien brindarnos su apoyo, con el cual nos da a los migrantes guanajuatenses fuera de las fronteras más confianza en nosotros mismos para poder seguir luchando por una vida más digna y más justa. Casa Guanajuato siempre dinámica, siempre abierta a la comunidad en general. Los esperamos para

que conozcan de cerca todas las actividades que realizamos en favor de los migrantes y sus familias de origen.

Dirección: 1002 W. Brooklyn Ave. Dallas Texas 75208

Teléfono: Oficina 214 946 4771, Cel. 469 569 4588

Correo electrónico: casa\_gto\_dallas@hotmail.com casagto94@gmail.com

Página web: www.dmcgto.com

Redes sociales: www.facebook.com/casagtodallas

tuneinradio Dallas-México Casa Guanajuato Casa Guanajuato TV-Facebook/youtubecasaguanajuatodallas

A t e n t a m e n t e

Dallas-México Casa Guanajuato

Tereso Ortiz Alvarado, presidente

J. Guadalupe Jasso, vicepresidente

Mary Paz Palomino, secretaria

Martina Alvarado, tesorera

Manuel Ortiz Alvarado, relaciones públicas

*Raíz, tradición y cultura*

## Los sabores de mi tierra

MARTHA GUTIÉRREZ MATA

Es domingo, día familiar, día de visitar a mis padres; ahí se encuentran asando unos elotes tiernos que trajeron del cerro. Me acerco a ellos. Terminó de asar los elotes y comenzamos a comerlos con un poco de sal, limón y chile en polvo; así sabe mi tierra, así sabe mi rancho querido: algunas veces agrio, otras veces salado, otras veces picoso hasta sacar lágrimas, al grado de arrepentirte de dar esa mordida. Algunas veces sabe tierno y dulce, otras duro, pero siempre salivando, esperando la siguiente mordida, siempre deseando regresar a probar sus sabores por buenos, malos o variados que sean.

Mientras comemos nuestros elotes, mi celular empieza a timbrar. Es mi hermano Pedro. Como cada domingo, se conecta para hacer una videollamada desde Chicago. Ya extrañaba escuchar su voz, y ni se diga mi padre. Es inevitable sentir escalofríos al ver la emoción con la que mi padre contesta el teléfono, ver cómo trata de manipular ese aparato con sus dedos toscos y ásperos. Parece que es una herramienta mágica que se debe tratar con suavidad, con respeto y con amor, pues en ella cabe la imagen de su hijo, un pedazo de su vida, un pedazo de su historia y, por qué no decirlo, un pedazo de sus enseñanzas, de sus pasos y de quien decidió imitar su camino.

Al terminar esa llamada, comenzamos a recordar mi padre y yo cómo fue nuestro andar de ida y vuelta a aquella ciudad donde ahora se encuentra mi hermano, en aquel país que muchas veces fue nuestro salvador y lo sigue siendo aún sin quererlo o sin saberlo, inyectándonos vida, una vida

que roba desde nuestro suelo y la transforma en una esperanza que lejos estamos de encontrar en nuestras propias entrañas.

El tiempo transforma las cosas, incluyendo la forma de movernos y de ganarnos el sustento, pero no la necesidad de vivir la vida, o lo que nosotros llamamos una buena vida.

Mi padre es un hombre de la tercera edad. Él también, como muchos en mi comunidad, probó la suerte de ir y venir de los Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de que tuvo la oportunidad de quedarse allá no lo hizo. No le gustó esa vida. Soñaba con regresar a su tierra, con su gente, a vivir de lo que le gusta y con los que le gustan.

Es grato escuchar sus pláticas. Quién iba decir que por aquellos no tan lejanos años setenta y ochenta, según palabras de mi padre, llegar al norte era como ir a San Juan de los Lagos: tardabas un mes caminando y se iba en pequeños grupos (había poca migración) y solamente se gastaban \$300 dólares, los cuales se pagaban en una semana de trabajo. No era necesario quedarse a vivir en aquel lugar tan lejano y menos si no te gustaba o no te acoplabas a aquel estilo de vida. Bastaba con permanecer seis u ocho meses para regresar con una buena cantidad de dinero, para invertir y trabajar en lo que sabemos, en la tierra, cosechando frijol para el consumo y venta.

Ahora es diferente. Si te vas y tienes la fortuna de llegar al *otro lado* tienes que permanecer periodos largos de tiempo. Ya no se puede ir y regresar con tanta facilidad; son muchos los peligros a los que uno se debe enfrentar a lo largo del camino. Incluso, bromeado con mi padre, decimos que en su época si se perdía tenía que buscar a la migra, en cambio ahora uno se tiene que esconder para que no lo agarren.

Recuerdo que la primera vez que fui para los Estados Unidos tenía catorce años. Cuando llegué a San Luis Potosí me detuvo la migra mexicana. Me llevaron a un cuarto donde me estuvieron interrogando por un buen rato. No creían que era mexicano, tuve que enseñarles mi credencial de estudiante para que me dejaran ir.

Cuando llegué al otro lado estuve trabajando aproximadamente con veinte miembros de mi familia, en Chicago, en una calle llena de restaurantes.

Trabajé en un restaurante de comida hindú, pero son jornadas de doce horas, muy pesadas, lavando trastes, picando cebolla, entre otras cosas, y la verdad a mí no me gustó eso. No me acostumbré.

Después me fui a trabajar a una bodega de exportación de alimentos. Ese trabajo era aún más pesado, pero me sentía más libre, más a gusto, menos presionado. Ahí conocí a unos amigos que me invitaron a mí y a unos primos para irnos a otra ciudad, pues dijeron que allá nos iban a pagar mejor.

Empecé a trabajar en la construcción. Me pagaban bien y me gustaba mi trabajo. Sin embargo, no la pasé nada bien. Por primera vez sentí el peso de la soledad y la fragilidad de estar en un lugar extraño, la vulnerabilidad de sentirse pisoteado y desprotegido y no poder defenderte, pues en ese instante vives una lucha interna donde tienes dos opciones: la de rescatar tu dignidad, sacar todo tu coraje y hacerte respetar por las buenas o por las malas, sabiendo que eso representa el perder tu trabajo, y muy posiblemente una deportación, o bien tienes la opción de elegir hacer de lado tu dignidad y tragarte todo tu coraje, ignorar la situación y hacer oídos sordos a los insultos y amenazas, teniendo el consuelo de que eso representa el seguir obteniendo ese ingreso que se transforma no sólo en tu sustento sino el de tus familiares.

En ese lugar estuve trabajando en la construcción de casas en un tipo fraccionamiento. Recuerdo que nos dijeron que esa obra estaba destinada a una organización gubernamental, donde el gobierno se encargaría de emplear a las personas. Esa organización iba a cobrar cinco millones de dólares, pero unos *gringos* lo hicieron contratando indocumentados por la mitad del precio.

Las personas del lugar donde trabajábamos en cuanto se enteraron de esa situación diariamente hacían manifestaciones, incluso disfrazaron de ratón a una pipa de agua, haciendo referencia a un mexicano, diciendo que nosotros llegábamos a robarles su comida. A veces era tanto el coraje que sentían esas personas hacia nosotros que hasta cuando pasábamos nos escupían.

Un buen día un compañero no aguantó más su coraje y decidió enfrentarlos. Eso bastó para que lo llevaran a la cárcel. Después lo deportaron e hicieron una redada a los tres días. Ahí detuvieron a ochenta personas de las cien que éramos, afortunadamente pude escapar y regresé a Chicago a trabajar en la bodega.

Es difícil la vida en aquel lugar. Hace falta el calor de la familia. Si bien ahora puedes hablar y verlos por el teléfono, no es lo mismo. Se sigue sintiendo la distancia, la soledad y la nostalgia de volver a tu tierra, de respirar su aire, de caminar por sus calles con libertad y de atragantarte con esa comida que sabe como ninguna. Tal vez, por muy tontas que parezcan, esas fueron las razones por las que decidí regresar y ya no irme más. Los hijos lo necesitan a uno, los padres lo necesitan a uno, y nosotros a ellos.

IRMA ZAVALA ALMANZA nació y creció en Yuriria, Gto. Emigró a los Estados Unidos en busca del sueño americano. En México, se graduó de contadora pública. En Estados Unidos, tuvo que empezar de nuevo para obtener su diploma de GED en 1983 y un certificado en computación en 1989. Completó un curso de padres por excelencia en la educación en 1997. Finalmente se graduó con un asociado en educación en el 2015. Ha trabajado para las escuelas públicas de Chicago por 21 años. Otro de sus logros personales fue ser invitada como conferenciante a Ningún Niño se Quede Atrás, en 2007 y 2015. También fue invitada para compartir su experiencia personal en la Universidad de Stanford por la organización Quest Bridge.

Su misión en la vida es educar y motivar a los padres para que se involucren más en la educación de sus hijos y motivar a los estudiantes con los que interactuó para alcanzar la excelencia académica.

## Diario de una migrante durante el Covid-19

### I. Recuerdos de mi niñez

Mi nombre es Irma Zavala. Nací y crecí en Yuriria, Gto., un pueblo mágico lleno de gente humilde y amable. Yo crecí con muchas carencias. Hubo días que mi madre no podía dormir porque no había dinero para comprar comida. Mi padre era migrante en el tiempo que hubo el programa bracero en los Estados Unidos. Eran contratados por seis meses o un año para trabajar en el campo. Mi papá se iba por seis meses y a veces más y regresaba después de cumplir su contrato. Desde que yo recuerdo, mi madre siempre estaba sola, pero recuerdo cuando recibíamos cartas de mi papá. Las cartas venían de Stockton, California. Otras de Wapato, Washington. Él decía que en Washington él trabajaba en la cosecha de manzanas. Mi mamá le respondía a sus cartas y yo era la encargada de llevarlas al correo. Mi madre lloraba mucho al escribirle porque eran muchos los días que él estaba ausente.

Otro recuerdo grande de mi niñez era visitar La Joya y la laguna. Dos lugares hermosos con mucha historia que existen en mi ciudad natal. En mi mente, siempre recuerdo las redes de los pescadores de Santa María, un barrio cerca de la laguna. La laguna es la primera obra hidráulica creada por fray Diego de Chávez en 1550. Según cuenta la historia, fue creada para darles a los pobladores una nueva forma de sobrevivir.

No teníamos luz eléctrica en casa y entonces mi madre encendía una lámpara de petróleo para alumbrarnos de noche. De día cocinamos en

una estufa de petróleo y un fogón con leña para hacer las tortillas y cocer los frijoles. Tratábamos de no gastar mucho petróleo.

Eran otros tiempos. Los niños caminábamos a las tiendas sin riesgo de ser robados o desaparecer. Todo el pueblo se conocía y se cuidaba. Nunca podré olvidar a don Chente y Virgen, dueños de la panadería de la esquina, que siempre nos regalaban bolsitas con sobrantes de pan. Ellos tenían muy buen corazón. También Trinidad y don Pastor, padres de mi amiga Chela y dueños de la tienda de abarrotes en la calle Victoria, donde yo crecí. Mi amiga Chela siempre me regalaba una galleta cuando iba a comprar algo. Yo era muy querida por mis vecinos.

### II. Mi trauma educativo

Soñaba en crecer y estudiar para ser maestra. Tenía una pasión muy grande por la educación. Siempre me ha encantado leer para aprender y compartir mis conocimientos con los demás. Tengo un recuerdo: a los seis años de edad me dio dinero mi padrino Salomón y me compré mi velís para la escuela. Era una mochila de aluminio muy bonita, también compré mis libretas Carabela y mis lápices y borradores. Al ver mis cosas nuevas, mi mamá se molestó mucho y me dijo para qué quieres eso. Yo le respondí que eran para la escuela y me dejó saber muy firmemente: “¡Tú no vas a ir a la escuela! Mi papá dice que la gente que va a la escuela se hace mala y grosera con sus padres. ¡Él tiene un primo llamado Apolinar, y sus hijos estudiados lo tratan muy mal! ¡Olvídate de la escuela!” Recuerdo que lloré mucho y no me pude dormir esa noche. Yo había hecho planes con mi amiga Rosa de irnos juntas a la escuela. La semana siguiente eran las inscripciones. Entonces yo fui hablar con doña Chucha, la mamá de Rosa, para que convenciera a mi mamá de inscribirme en la escuela. Doña Chucha me dijo que no me preocupara. Por milagro, ella pudo convencer a mi mamá y yo empecé mis clases muy feliz. Pero mi pesadilla empezó un poco después. Mi mamá me dijo que yo no podía ir a la escuela los lunes ni los viernes. El lunes porque tenía que lavar la ropa de mis hermanos y el viernes tenía otras responsabilidades de la casa.

Yo aprendí a planchar y lavar ropa en lavadero desde muy pequeña. A los diez años yo ya sabía cocinar y hacer tortillas. En esos tiempos nuestros padres nos hacían madurar a temprana edad y teníamos grandes responsabilidades. Por lo menos, ésa era mi situación. También creo que influyó que yo fuera la mayor.

Mi maestra se dio cuenta de que estaba faltando mucho a la escuela y llamó a mi mamá para convencerla de que me mandara todos los días. Pero ella no aceptó y le dijo: “Ella es mi hija y yo tengo todo el derecho de tomar esa decisión”. Mi maestra habló con el director y el habló con mi mamá, pero al final aceptaron que fuera los tres días pero también tenía que hacer el trabajo de los otros dos. Así lo hice y siempre saqué 10 en mis calificaciones. Cuando sigues tu pasión, te da la fuerza para impulsarte y hacer lo imposible posible. Con ese mismo pensamiento fue que muchos años después logré graduarme en el 2015 de un asociado en educación. Ese mismo año mi hija menor se graduó de la Universidad de Princeton. Una universidad prestigiosa y siempre seleccionada como una de las mejores diez de los Estados Unidos.

Cambiando el patrón de mi madre, quien no quería que yo estudiará, yo al contrario, quería que mis hijos se graduaran. Logré mi sueño con la ayuda de este país que me abrió las puertas. Mi hijo mayor, José Juan, es manager de hoteles. Mi hija Michelle es maestra bilingüe y mi hija menor, Daisy, tiene un bachillerato en psicología y sigue estudiando para obtener su doctorado en psicología clínica.

### III. Mi experiencia como migrante durante el Covid-19

Recuerdo que era el 13 de marzo de 2020, un día de trabajo normal pero de repente nos llamó el *principal* a una junta de emergencia para avisarnos que a partir del día 16 de marzo ya no vendríamos a trabajar. El país estaba sufriendo una pandemia y era peligroso trabajar en grupos de muchas personas. En mi escuela tenemos 1200 estudiantes más el personal, entonces la decisión de cerrar fue correcta. Fue entonces cuando declararon que todos en el estado de Illinois teníamos que quedarnos en

casa. Fue una noticia demasiado fuerte e inesperada que causo ansiedad, miedo y preocupación. Mis emociones fueron aún más elevadas porque mi nieto Julián estudia en la Universidad de Madrid y quedó prohibido viajar de Europa a Estados Unidos. O sea que él no podría regresar a casa con nosotros. Por varias noches no pude dormir, preocupada por mi nieto, tan lejos, y por la pandemia. Las noticias decían y siguen repitiendo que las personas mayores de edad, como yo, somos las que estamos en un riesgo mayor de contagiarnos y morir. Es algo muy triste y deprimente para todo mundo, pero más para las personas mayores. Pero recé mucho, porque yo soy una persona de mucha fe. Mientras tanto, mi hijo llamaba todos los días a la embajada de España en Chicago preguntando si Julián podría viajar, y a las tres semanas nos dieron la noticia de que sí podría regresar porque él había nacido en Estados Unidos y los ciudadanos sí podían regresar. De inmediato, mi hijo le compró a mi nieto su boleto de avión. Sólo encontró con escalas pero se regresó y llegó bien. Gracias a Dios. Al llegar a Chicago él tuvo que mantenerse en una cuarentena de 14 días. Aunque tuvo que mantenerse aislado, por lo menos nos podíamos comunicar por teléfono. Eso me dio mucha tranquilidad.

A la semana siguiente me llamó una amiga mía que es escritora como yo. Yo soy co-autora de una colección de libros titulados “Today’s Inspired Latinas”. Somos 26 mujeres de diferentes países latinoamericanos. En cada libro compartimos nuestras historias de vida y cómo logramos sobresalir en la adversidad. Esta colección fue creada por Jaqueline Camacho, una mexicana hermosa por fuera y por dentro, que ha transformado la vida de miles de mujeres, incluyéndome a mí misma. Como mencionaba, una de las escritoras que vive en Europa y es psicóloga nos invitó a un grupo de nosotras para hacer una llamada por video en zoom. Nos quería dar un mensaje de aliento y motivación para sobrellevar esta etapa difícil por la que está pasando todo el mundo. Nos compartió fotos de cómo en España cantaban y rezaban por los balcones. Aunque era mi primera experiencia usando zoom, me encantó porque iniciamos una charla hermosa durante la cual lloramos, reímos juntas y esa unidad y respeto mutuo me dio muchas fuerzas. Esa interacción me dio la motivación para empezar una semana



de lectura por Facebook live y por zoom. Empecé a invitar maestras, escritoras, psicólogas y madres de familia para dar una palabra de aliento y planificar juntas cómo podríamos sobrellevar esta adversidad. Yo tenía planeado cerrar mi serie el día del niño, 30 de abril, pero fue tanta la respuesta y la gente lo pedía que seguí hasta la segunda semana de mayo.

Durante esta pandemia también me aseguré de apoyar a mis amistades. Una forma de apoyo fue participar en las clases de zumba de mi amiga Paty, quien las ofrecía gratis cada sábado a las 7 de la noche para motivarnos a estar activas y saludables. También compartimos mensajes de motivación, promovemos la educación y lectura en mi página de Facebook, Escritores y Lectores con Propósito. Éstas son las buenas experiencias que vinieron con el Covid-19.

#### IV. Mis clases de español este 2020

En Tu Casa Guanajuato Chicago y en relación con el Instituto del Migrante Internacional y el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato en el 2019 yo empecé como voluntaria para organizar una librería. Con la ayuda de An van der Bergh, el Instituto Estatal de Cultura de Guanajuato donó los libros y mandaron una maestra bibliotecaria para el proyecto. También en el 2019, inicié las clases de español para adultos. Las clases fueron presenciales porque en ese tiempo todavía no existía el Covid-19. En 2020 me sentía triste por no poder compartir mis clases presenciales y una noche después de no poder dormir le llamé a la directora de Tu Casa Guanajuato Chicago y le sugerí empezar mis clases de español virtuales. Pero serían para niños, porque pensé motivar a los niños que no estaban asistiendo a clases por el Covid-19. Ella me dijo que mandara mi propuesta por correo electrónico. Al siguiente día, recibí una respuesta y que podía empezar a crear mi anuncio. Así fue que empecé las clases virtuales, con muchos nervios y miedo, porque era la primera vez que usaba zoom. Tuve muy buena respuesta la semana del registro. Empezamos las clases con ocho niños. Me hacía muy feliz poder motivar y enseñar a estudiantes migrantes a leer y escribir en español. Cuando hablé con

las madres me dijeron que eran descendientes de guanajuatenses y cinco de ellas graduadas de universidad, querían que sus hijos aprendieran español para poderse comunicar con los abuelos. Las clases fueron un éxito. Aprendí cómo mandar los diplomas electrónicamente porque me gusta darles reconocimiento a mis estudiantes.

Finalmente fue muy emotivo tener a don Ángel Calderón presente en nuestra graduación virtual 2020.

Mis experiencias de vida han sido muy fuertes. Viví casada por 25 años en una relación abusiva. Después de mi divorcio me encontré en una gran depresión. Poder escribir y publicar mi historia me ayudó a salir de esa depresión. Te invito a dejar el papel de víctima y a decidir y aceptar cada situación difícil en la vida como una lección de vida que nos hace más fuertes y nos ayuda a reconocer que siendo víctimas nunca realizaremos nuestros sueños. Necesitamos salir de la zona de confort y confrontar nuestros miedos porque nos prepara para ser líderes fuertes.

Finalmente, quiero decir que estoy muy orgullosa de mis raíces y me gusta promover la cultura mexicana y mi lenguaje natal porque olvidar tus raíces y tu cultura es perder dos grandes tesoros. Doy clases para padres, para que aprendan bailes típicos mexicanos y saber el origen de nuestras canciones como el *Son de la Negra*. También aprendí a tocar guitarra a los 60 años gracias al maestro Rodolfo, director de cuerdas clásicas. También cada año celebro el día de los muertos y promuevo con las nuevas generaciones cómo la UNESCO reconoció este día en 1983. Espero que esta pequeña historia ayude a los lectores a promover su cultura y estar orgullosos de sus orígenes y tradiciones. Porque “como México no hay dos.” Mi México está en mi corazón, y aunque en este país viven mis hijos y mis nietos, yo anho jubilar me y regresar a vivir en mi Guanajuato.

“La adversidad te reta a sacar la mejor versión de ti. Juntando nuestros talentos podemos ser la luz del mundo. Leer es aprender.”

Irma López



## Familia de migrantes

GUILLERMO SANTANA ZENDEJAS es originario de la ciudad de León, Gto., donde nació el 25 de junio de 1977. Actualmente radica en la entidad y trabaja como periodista desde 1999.

Ha registrado el acontecer de la ciudad y del estado en el ámbito de información general, policiaco y deportivo en periódicos como *AM*, *Sol de León*, *Noticias Vespertinas*, *Esto del Bajío*, además de medios digitales como *balonllanero.mx*, *bandanet.mx* y *Buenaventura News*.

Podía sentir lo caliente de la tacita de barro en mis manos, se desprendía un olor a canela que se mezclaba con la manteca caliente en el sartén, mientras mi abuelo Pedro subía el volumen a su radio para escuchar mejor la radionovela de Porfirio Cadena *El Ojo de Vidrio*.

Corría el año de 1982, estábamos de visita en la casa de los abuelos esperando que mi tío Pedro despertara y nos contara cómo le había ido en Estados Unidos; él partió a la edad de 14 años en busca de trabajo y 10 años después volvía a casa.

Era la primera vez que yo lo iba a conocer, y aunque era muy pequeño, mi madre me contó cómo había cruzado la frontera internacional nadando por el Río Bravo. Después de terminar con la canela y un huevo revuelto, se levantó mi tío.

Ante mí tuve a un hombre alto, fornido y sonriente, quien saludó a mi mamá y me puso la mano en la cabeza para luego agitarme el cabello; así eran de simples las expresiones de afecto en mi familia, pero siempre cargadas de amor.

Ése fue mi primer contacto con el sentimiento de recibir a un familiar que se había ido de *mojado*, pero para mi familia no era el primero. Mi abuelo paterno ya había brincado la alambrada en los años cincuenta, cuando vivía en Reynosa.

Después de algunos meses en León, concretamente pasando la temporada de frío, mi tío Pedro volvió a Chicago. Retornó a su trabajo en un auto-lavado y volvieron a pasar años para que regresara.

Su hermano Miguel seguiría sus pasos en la década de los años noventa. Ahí sentí más la partida, ya que teníamos una mayor convivencia. Se fue sin despedirse; dicen que las despedidas son difíciles para ellos porque van a retar a la suerte en un cruce fronterizo que cada vez se volvía más hostil.

Mi abuela Pachita veía partir a un hijo más a suelo americano. Nunca lo dijo, pero en su cara se reflejaba la tristeza al no saber de ellos por semanas o meses, ya que las cartas se perdían o simplemente no llegaban.

El sentimiento de mi abuela no era desconocido para otras madres de la comunidad de San Pedro del Monte, al sur de la ciudad de León, lugar donde llegamos a vivir; ahí las madres también habían visto partir a uno o varios hijos.

La comunidad aportaba una gran cantidad de migrantes que buscaban una opción de trabajo en suelo americano, jóvenes que al terminar la primaria buscaban un buen *coyote* en rancherías como Los Arcos, Malagana o La Sandía.

Guanajuatenses que partieron en algunos casos siguiendo una tradición familiar. A unos les fue bien y regresaron cada año con el fruto de su trabajo, otros nunca llegaron a su destino o echaron raíces y nunca volvieron.

Lo curioso es que las historias de los que se fueron y no llegaron, o de los que llegaron a su destino y nunca volvieron, se convierten en leyendas urbanas en las comunidades y son recordadas por generaciones.

Por ejemplo, recuerdo que en quinto de primaria había un niño apodado *Cachirulo*, quien molestaba a todos. Cuando *Cachirulo* le pegaba a alguien, el agraviado decía “lo bueno es que ya se va a Estados Unidos y no lo volveremos ver”. Y en efecto, *Cachirulo* partió y nunca se volvió a ver. Dicen que una serpiente lo mordió cuando cruzaba por La Rumorosa y entre los matorrales quedó su cuerpo sin vida, que nunca fue encontrado.

También está el amargo recuerdo para una de mis tías, quien vio partir a su novio en busca del sueño americano para juntar dinero y regresar a casarse. El joven, nativo de San Felipe de Jesús, retó al Río Bravo y murió entre sus aguas, dejando a mi familia con una tristeza por años, y es que mi tía nunca lo pudo olvidar.

No podría decir de dónde surge la motivación de partir, dejar amigos, familia, la tierra que te vio nacer. El cruce fronterizo, con las mentalidades políticas y de seguridad, fue cambiando, forzando a los migrantes a arriesgar su vida al atravesarlo, entonces ¿por qué jugarse la vida?

Cuando terminé la primaria me hice esa pregunta. Las necesidades económicas en mi casa y ver los logros de los que se iban me hicieron voltear hacia el norte y evaluar esa oportunidad, pero nunca tuve una respuesta; mi corazón estaba aquí, junto a mi madre, en mi tierra, con mis costumbres, y no me animé a partir o, simplemente, tal vez sólo tuve miedo de no lograrlo.

Sin embargo, mi hermano Juan no tuvo dudas cuando dijo que partía, que al terminar la secundaria intentaría pasar con un *coyote* para buscar trabajo en Carolina del Norte.

Y partió una tarde con la mochila que por tres años cargó sus libros y sus tortas. Con la inocencia, sueños y esperanzas de un joven sonriente se fue; un año después lo hacía otro de mis hermanos, Felipe.

Los dos trabajaron por tres años con los *güeros* y regresaron a las calles empedradas que los vieron hacer travesuras de chiquillos; y aunque llegaron con algo de dinero, coincidieron en lo difícil que resulta estar solos, viviendo al límite y sufriendo por el racismo de algunos ciudadanos americanos; siempre con el temor de ser detenidos y reportados.

Después de gastarse los *dolaritos*, ambos buscaron trabajo; Juan se casó y tuvo familia, pero cayó en una racha donde el trabajo escaseó y la misma necesidad de solventar los gastos de su nueva familia le acrecentó la idea de retornar a Estados Unidos, idea que su mujer apoyó, ya que varios de sus familiares también son migrantes.

De nueva cuenta emprendió el viaje. Llegó a la frontera a encontrarse con la persona que lo iba a cruzar, pero fue *enchanchado* por un grupo de cholos que lo dejó sin dinero, sin pertenencias y abandonado en Houston, donde tuvo que pedir limosna para comer y poder llegar a Chicago.

Fueron siete largos años de no ver al sonriente Juanito. Por fortuna la tecnología cambió y las famosas videollamadas dieron consuelo a una madre que ya podía saber de él al instante.

Apenas en diciembre de 2019 volvió a casa. Echó en su camioneta todo lo que tenía y condujo desde la ciudad de los vientos hasta León, donde su familia lo esperaba con los brazos abiertos.

Fue recibido en medio de lágrimas, risas y abrazos. Conoció a sobrinos que sólo lo habían visto por videollamadas. Trajo recuerdos para todos. Habló de su aventura tras el volante y de cómo las autoridades norteamericanas y mexicanas lo extorsionaron para poder salir de Estados Unidos y en México para poder transitar con sus pertenencias.

Llegó con sueños de poner un negocio, de establecerse, de disfrutar a sus hijos, pero ocho meses después todo se esfumó, al darse cuenta de que su esfuerzo había sido en vano, pues el amor y el respeto familiar ya se habían terminado, por lo que tomó la decisión de regresar al único lugar que ha sido cruel pero justo con él, al único sitio donde se siente parte de algo: al suelo americano.

La historia se repite. Es un *déja vu*. Vuelve a partir y vuelve a prometer que mandará por mi otro hermano (Felipe), sin embargo, parece ser que esta vez la despedida es para siempre.

En el grupo de WhatsApp, la primera imagen que Juan sube es una foto sentado en el avión. Dos días después informa que lo detuvo la *migra* y lo regresaron a México.

Aún tenemos fe de que pueda pasar. Le pedimos a la virgen de San Juan y a santo Toribio Romo que lo ayuden, pero de nueva cuenta lo vuelven a detener. El *coyote* no está de suerte.

Con mensaje de texto avisa que intentará cruzar por el Río Bravo, y al día siguiente sube una imagen con la cara golpeada. La corriente lo arrastró y por fortuna “una paísa” que iba con él lo salvó de morir ahogado.

La corte celestial se agota, así que volvemos a pedir por él con fe y devoción, ya que ahora cruzará por el desierto. Otra vez el intento fue fallido, con los pies destrozados fue detenido por oficiales americanos y regresado a suelo mexicano.

Así es la vida del que emigra sin papeles. Es un albur. Se juegan la vida por un país que no los quiere allá pero que los necesita para que su

economía funcione, mientras que aquí sólo nos queda confiar en que todo saldrá bien.

Somos una familia de migrantes. Por generaciones hemos vivido el sentimiento de ver partir a un ser amado y verlo retornar. Es difícil, pero es una situación que cada uno debe enfrentar.

Con 43 años, la vida me ha mostrado de todo un poco. Hoy más que nunca siento temor por la seguridad de mi hermano, pero debo de ser fuerte. Por lo pronto hay que encender una veladora y rezar por Juan; hoy intentará cruzar de nuevo por el desierto.

## Mi familia migrante

MARÍA GUADALUPE GUZMÁN MURILLO (Uriangato, Gto.) es maestra en historia por la Universidad de Guadalajara.

Las historias de las que fui testigo y que contaré están llenas de esperanza por una vida mejor y del trabajo que hay detrás de la decisión de migrar.

Mi familia de origen está formada por mis padres, Lucila y Miguel, mis dos hermanos, Edith y Edwin, y yo. Somos originarios de Uriangato, Gto., de oficio comerciantes; algo que es común en esta zona, ya que Uriangato, junto con el municipio de Moroleón, se dedica a la fabricación y venta de productos textiles de temporada.

En los planes de mis padres no estaba migrar a California, en EUA, pero la vida los iba perfilando para ello. Mi madre tiene un hermano, el tío Manuel, originario de aquí mismo. Él heredó el oficio de mi abuelo: campesino. Estaba cansado de la siembra de temporal, en la que trabajaba todo el año, pues tenía que esperar a que lloviera para poder obtener una remuneración. Al no llover, su trabajo no le redituaba. Cuenta que hubo años seguidos en los cuales no se dio nada y ahí se quedó su trabajo de todo un año y la inversión en la semilla.

Por este motivo decidió salir a probar suerte a Estados Unidos. Entre sus conocidos encontró quién pudiera cruzarlo, y en 1982 se animó. Él lo cuenta de manera corta y con un tono gracioso:

-Nos cruzaron por el cerro. Yo y otros cabrones llegamos a las tuberías del drenaje, y como las ratas, seguimos caminando, agachados, hasta salir por una alcantarilla al estacionamiento de un *mall*.

Este suceso, que parece aislado y que sólo concierne a la vida de mi tío Manuel, más tarde sería decisivo para sus padres y hermanos. En 1992 el

tío Manuel, ya como ciudadano americano, hizo la petición migratoria para toda su familia, entre ellos mi mamá.

Como algo que se queda ahí, cada uno siguió con sus vidas. No recuerdo que en mi casa se haya vuelto a mencionar nada sobre ese asunto. Después de todo, esas cosas tardaban años, y como decía mi abuela, quién sabe si a uno le toque esa suerte de arreglar.

Pero en 2006 aquello de los papeles volvió a ser noticia. Llegó una carta en la cual las autoridades migratorias preguntaban si los miembros de la aplicación estaban interesados en continuar el trámite, ya que el tiempo había llegado.

Mis padres no pasaban por el mejor momento económico. Los trámites que daban el seguimiento al proceso eran costosos: contestaciones de cartas, exámenes y el viaje a Ciudad Juárez. Así que pidieron un préstamo para esos gastos. Aún recuerdo el argumento que usaron mis padres para tomar la decisión: Pues si es para que la vida de los muchachos mejore, pues vámonos.

A inicios de 2007, con sólo lo que llevaban en la maleta de cada quien, y en números rojos por el préstamo que habían pedido, llegaron a la casa de unos tíos en California. Vivieron los cuatro en un cuarto que les prestaron en lo que se acomodaban. Mi hermano, con 15 años, fue el primero en tener actividades porque lo inscribieron en la Middle School. Esto le permitió, en un proceso largo y agri dulce, adecuarse a las costumbres, al idioma y a esta nueva comunidad de la cual no sabía nada.

Mi tía Rosa, hermana de mi mamá, le consiguió trabajo a mi hermana casi inmediatamente. Y luego de dos meses de espera, a mi mamá, en la panadería de un supermercado latino que se llama Vallarta Supermarkets; así que al menos en el trabajo el idioma no era un problema.

El caso de mi papá fue distinto. Encontrar trabajo no fue ni rápido ni fácil. Llevó muchas solicitudes a diferentes lugares pero no parecían interesados en contratarlo. Pero él tenía buen ánimo y se mantenía positivo. Eso se notaba cuando llamaba: Ya saldrá algo, decía, confiado y de buen humor.

Su primer trabajo fue en una bodega como cargador. En éste no duró mucho tiempo. Después se enteró que había una empacadora grande de frutas. El lugar estaba a veinte minutos en auto de donde ellos vivían. Dio muchas vueltas para allá, tratando de hablar con el encargado para saber cómo y cuándo contrataban.

Y sí, en la siguiente temporada de contratación le dieron trabajo. Como había sido comerciante de ruta y local, su experiencia como chofer le dio la oportunidad de trabajar en el montacargas.

La empresa era grande. Cuadrillas de personas iniciaban con la recolección de fruta en las plantaciones: cerezas, zarzamoras, y cerraban su año con el durazno. Adentro, cerca de cien mujeres trabajaban a un lado de las bandas por donde pasaba la fruta. Había que quitar la mala y empacar en cajas la buena; el producto que no pasaba el control de calidad se usaba para hacer jugo. Aquí sabían a qué hora entraban al trabajo, pero la salida no, porque dependía de las cuadrillas de recolección.

Mi papá manejaba un carrito Nissan modelo 1983 cuadrado, color azul marino, que le había comprado a una vecina. Cuando en algún trayecto del camino al trabajo se encontraba una patrulla, en tono de broma y sonriendo, decía: Ahí vienen éstos. Nomás ven a uno moreno, chaparro y en carro viejo y lo quieren parar para sus revisiones.

Mi papá no dominaba el inglés. Compró un libro para poder hacer los cheques de los pagos y escribir bien las cantidades, pero eso no lo detuvo para ir a la tienda, para pedir café de MacDonads, a las smoke shop a comprar cigarros. Como quiera se hacía entender; caminaba seguro y con soltura; se proyectaba como alguien que le sentaba bien vivir ahí. Con la experiencia que le daba el comercio, cargaba la cajuela del auto con botellas de agua, refrescos, pastillas de Advil y Tylenol para vender a los trabajadores de la empacadora, porque cuando las horas de trabajo eran extenuantes y el cuerpo de los trabajadores daba de sí, el dolor de piernas y el cansancio aparecía.

Así era él, buscando qué hacer para ganar más. Una vez compró chamarras en Los Angeles para vender, pero no se las pagaron y ese dinero se

perdió. Cuando le pregunté qué había pasado me dijo de forma tranquila: Así es esto, hay que arriesgarse. A veces sale bien y otras no.

Pasó el tiempo y en 2010 decidió comprar en Uriangato unos uniformes deportivos para vender en California. Él no sabía nada de comercio exterior pero con su teléfono y haciendo llamadas, los de la paquetería le dijeron los requisitos que tenía que llenar para que la caja llegara. Así llegó la primera caja a casa de su hermana en Fresno CA. Los fines de semana que no trabajaba en la empacadora los dedicaba a vender en las ciudades cercanas, en tiendas y tianguis donde mexicanos vendían productos mexicanos. Las cosas mejoraban, sólo que a veces la persona que inicia el proyecto es el único que cree en él y justo eso le pasó. Su idea no era bien recibida por la familia, que veía esto de buscar clientes como una pérdida de tiempo y de gasolina. Pero esto no lo desanimó.

En 2011 dejó su trabajo para dedicarse de lleno al proyecto, y mi hermano lo acompañaba los fines de semana.

En 2012 se constituyó legalmente como empresa. Actualmente mis dos hermanos y mi mamá trabajan en ella. La micro empresa genera seis empleos directos en EUA y aquí en Guanajuato ocho.

El tío Manuel vive en Texas con su esposa y se dedica a la construcción en instalación de electricidad de alto voltaje y sigue tomando cursos de actualización.

Quería contar estas historias porque habla mucho de qué están hechos los guanajuatenses; de los sueños, de los obstáculos que se encuentran cuando las personas migran; de cómo la esencia de las personas la llevan a donde van; de la solidaridad de las familias que facilitan un lugar para dormir a los nuevos; de cómo trabajando y direccionando fuerzas se puede construir algo mejor.

Por último, quiero poner en la mesa la idea que tienen los que no han migrado y tienen parientes en el otro lado. Esas personas que piensan que a EUA se llega a barrer dólares, nada más falso; se llega con esperanza y se construyen realidades sobre el trabajo.

RICHARD VELÁZQUEZ PERALES. Sus padres son de Guanajuato, lugar que ha visitado en varias ocasiones desde su niñez.

## Preguntas para toda una vida

Mi primer viaje a México fue con mi papá. Sé que era un niño pequeño, pero no recuerdo mi edad. Empacamos nuestras cosas y salimos en su Ford F150 verde aguacate, modelo 1978. La camioneta tenía muy poco espacio para moverse; era de una cabina y yo era un niño muy inquieto. Normalmente, un viaje como éste habría parecido una eternidad, pero yo estaba intrigado por todo lo que se presentaba ante mí. Había escuchado sobre México infinidad de veces, pero ninguna descripción verbal podría haberme preparado para mi llegada a casa. Había nacido en los Estados Unidos y crecido rodeado de mexicanos —específicamente entre las diásporas de Jalpilla y Rosales, Gto., que estaban muy presentes en mi crianza—. Pero el sólo hecho de ser miembro de la diáspora no te prepara para la experiencia de integrarte en una sociedad en la que la mayoría de las personas se parezcan a ti; los empleados de las tiendas, los trabajadores de las gasolineras, los mendigos, los policías, los niños de la calle y los servidores públicos. Llegado de un lugar caracterizado por su mayoría blanca y supremacía blanca, yo por primera vez experimenté un sentimiento de pertenencia. En cuanto crucé la frontera, sabía que había llegado a casa.

Conforme viajábamos del norte de México hacia el centro del país, las cosas cada vez me parecían más familiares. Cuando entramos a Comonfort y después a Jalpilla, sentí un fuerte *déjà vu*. Sentí que ya había estado ahí antes. Tal vez fue por las fotografías que había visto o quizás por las historias que mi familia contaba. ¿Es posible que haya sido por la memoria transgeneracional que yo de alguna manera había heredado

de mis padres? No estoy seguro, pero como sea, recuerdo haber tenido esa sensación de familiaridad. Las calles de Jalpilla de alguna manera ya estaban grabadas en mi imaginación.

Pasamos por Jalpilla y continuamos por las rancherías. Llegamos a las puertas de la granja de mis abuelos. Entramos y yo estaba cautivado por el olor del campo. Mi padre caminó conmigo a la habitación de mi abuela; toda la familia se había reunido ahí para darnos la bienvenida. Nunca había conocido esta parte de mi familia, así que me sentí incómodo por el hecho de que tantas personas que yo nunca había visto estuvieran tan emocionadas de verme. Me sentí apenado, pero poco a poco lo superé y me abrí hacia los miembros de mi nueva familia. Ésta fue mi primera noche en casa.

Me desperté al día siguiente vislumbrando humo y percibiendo su olor. Mi abuela estaba quemando basura en un pozo junto a la casa. No había recolección de basura aquí. No había agua entubada aquí. No había drenaje aquí. Mientras las cosas eran familiares, también eran discordes. Aunque crecí en un ambiente económicamente deficiente, recuerdo haberme sentido golpeado por el nivel de subdesarrollo en el Guanajuato rural. Recuerdo preguntarme, ¿por qué mi familia no tiene agua entubada, drenaje y otros servicios básicos? Aunque yo era joven, cuestionaba por qué mi familia vivía en condiciones tan despreciables. Estas preguntas rumiaban en mi mente al mismo tiempo que sentía una sensación de libertad que nunca había experimentado antes —hectáreas y hectáreas de tierra, animales por todas partes, y muchos primos con quién jugar— pero sabía que algo no estaba bien. Me encantaba mi experiencia en el campo. Me encantaba caminar por las montañas. Me encantaba juntar garambullos y tunas. Me encantaba nadar en el arroyo, en el charco. Me encantaba perseguir cabras y gallinas. Me encantaban los petardos. Era el paraíso para un joven chicano. Pero al mismo tiempo, no podía evitar cuestionar todo lo que estaba experimentando. Vivencias en Texas anteriores a mi experiencia en México también influían en mi percepción sobre mi estancia en Guanajuato.



El contraste entre el ambiente en el que trabajaban mis padres y el de su origen causó que yo interrogara todo. Southlake y Colleyville en Texas eran el opuesto del rancho: blanco, estéril, ordenado, limpio, *moderno*. No podía evitar hacer comparaciones. Algo parecía estar mal. Observaba el lugar de origen de mis padres y reflexionaba sobre la cantidad de trabajo que hacían en las comunidades de otras personas y no entendía por qué. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué nuestros hogares son pequeños y en ruinas? ¿Por qué sus casas son grandes y amuebladas? ¿Por qué poseen mucho más si han aportado mucho menos? No conocía a nadie que trabajara tan duro como mis padres. Batallo hasta el día de hoy para encontrar personas que trabajen tan duro. ¿Qué hizo a los texanos blancos ser más merecedores que nosotros? ¿Por qué los niños en México se ponen en fila para jugar a las maquinitas en las tienditas mientras que los niños blancos en los Estados Unidos tienen televisiones grandes, playstations, dreamcasts y nintendos en sus propias habitaciones? Estos pensamientos me llevaron a cuestionar a mis maestros anglo en Texas. Me llevaron a cuestionar el orden social. Quería más para mí y para mi comunidad. Estaba motivado para esforzarme tanto como pudiera a fin de responder estas preguntas y obtener justicia por lo que habíamos y seguíamos experimentando.

Más de una década después, una sensación de logro colectivo se apoderó de mi familia cuando me gradué de la preparatoria. Habíamos roto la primera barrera: yo había desafiado un legado de marginación que nos había impedido el crecimiento económico e intelectual por tanto tiempo. Vivir de forma cercana a la comunidad anglo que había contratado el trabajo de mis padres significaba que yo iba a la escuela con el mismo grupo demográfico que empleaba a mi familia. Habían sido 12 años de infierno racista. Los maestros nos enseñaban narrativas racistas sobre nosotros mismos. Mis compañeros, estudiantes blancos, hacían todo lo posible por asegurarse de que yo supiera cuál era mi lugar. Se aseguraban de que yo supiera que estaba al final del sistema clasista. Pero yo me había liberado al graduarme. Iba camino a la universidad. Era libre de elegir lo que quería estudiar y con quién quería hacerlo. Como resultado, prosperé.

Cuatro años en estudios de universidad pasaron rápidamente y pronto era licenciado. Ahora tenía respuestas a las preguntas de mi niñez. ¿Pero qué hacía con estas respuestas? Elegí escribir sobre ellas. Cursé un posgrado y obtuve mi título de maestro. Pero cuanto más estudiaba, más preguntas tenía. Escribo esto mientras trabajo en mi doctorado en la Universidad de Yale. Mientras nosotros no teníamos los lujos de nuestros vecinos adinerados, tengo una riqueza de experiencia y conocimientos que nunca me podrán quitar. He visto muchos lados de la sociedad: con la ayuda de mis padres, conocí México y lo que significa vivir en el rancho. Sabía por experiencia propia lo que significa crecer en un parque de casas rodantes chicano. Finalmente, mediante la escuela y el empleo, fui testigo del mundo de los ricos anglo-texanos. Existe una injusticia inherente entre estas tres comunidades. Demasiadas personas sufren de este desequilibrio de poder. Escribo esto desde una perspectiva texana a mi comunidad mexicana en casa: *la lucha no se acaba al venirse para acá. Es de toda la vida y para siempre. Es hasta que terminemos con los sistemas opresivos que nos someten. Pienso en ustedes cuando escribo. Pienso en los campesinos mexicanos, los obreros, los chicanos que fueron derrotados por el sistema. Es hora de jalar juntos porque solos no se va a poder lograr la meta.*



## Mi historia de vida como migrante

JOSUÉ FLORES RODRÍGUEZ (León, Gto., 1999) estudia la licenciatura en ciencia política y administración pública en la Universidad de Guanajuato campus León. Es miembro y representante del Consejo Estudiantil. Fue contralor ciudadano en León (agosto 2018-agosto 2019). Participó en el rally Datos en la Calle (Transparencia Presupuestaria y la SHCP, 2019). Al obtener el primer lugar a nivel nacional, representó a México en la Cumbre Mundial de Gobierno Abierto en Ottawa (mayo, 2019). También en 2019, se integró como consejero juvenil en el Consejo Directivo del Instituto Municipal de la Juventud del Municipio de León. Es cofundador y miembro del colectivo Agentes de Cambio por una Vida Libre de Violencia (AVILIV).

En 2019 y 2020, obtuvo el primer lugar al mérito universitario por aprovechamiento académico. Es miembro de la Red de Facilitadores del Plan Nacional de Derechos de Acceso a la Información. Entre su formación académica se cuenta el curso “Ser un ciudadano global aprendiendo las habilidades para cambiar el mundo” (Campus IMJU) y el seminario de “Formación política ciudadana” (Cámara de Diputados), el diplomado en Formación en Competencias Electorales (IEEG/Universidad de Guanajuato) y está por culminar su segundo diplomado en Hacienda Pública Municipal (SHCP).

A decir verdad, no sé exactamente cómo comenzar, pero sí puedo decir que el 8 de febrero de 2016 es la fecha cuando todo comenzó. Aún recuerdo cuando llegué a Ciudad Juárez, Chihuahua, y aún siguen en mi mente aquellas palabras del personal del consulado americano cuando nos dijeron a mi familia y a mí: “Bienvenidos a los Estados Unidos de América”. Recuerdo que salimos llorando de la felicidad para abrazar a mi papá y darle la gran noticia: por fin éramos residentes americanos. Sin embargo, era el comienzo de mi aventura.

### La travesía

Antes de salir del consulado, nos entregaron un paquete, y la condición era mantenerlo cerrado hasta que un oficial de migración lo abriera en cualquiera de las fronteras entre México y Estados Unidos. Era un momento de incertidumbre, pues no sabíamos con exactitud qué contenía el paquete, pero confiados y con la alegría de que todo estaba marchando bien, seguimos al pie las indicaciones.

Por ello, una vez procesada la buena noticia, nos regresamos a León, Guanajuato, pero sólo mi mamá, mis hermanos y yo, pues mi papá tiene muchos años siendo residente americano, y por medio de él fue que obtuvimos esa deseada residencia. Fue hasta vacaciones de semana santa cuando volvimos a ver a mi papá en Nuevo Laredo, Tamaulipas. Él llegó en una camioneta que le habían prestado para recogerlos y acompañarnos, ya que la finalidad era entregar el paquete en la frontera con Laredo, Texas, y terminar así con el proceso de residencia.

Recuerdo que llamaron a mi mamá y le mencionaron que sólo ella podía cruzar, pues el paquete únicamente contenía los documentos de ella, mientras que los paquetes restantes los habían mandado por paquetería a León. En ese momento marcamos a la paquetería y la respuesta no fue nada favorable, pues el paquete mío y los de mis hermanos los habían regresado a Ciudad Juárez porque nadie los reclamó.

Era una situación complicada, pues estábamos nerviosos y con miedo de perder los paquetes. Sin pensarlo, mi papá tomó la decisión de ir por ellos hasta Juárez. Él se fue manejando hasta El Paso, que es la frontera con Ciudad Juárez, y lo acompañó mi mamá, pues así nos ahorrábamos un pasaje. Mientras que mis hermanos y yo nos fuimos en camión hasta Juárez. Aunque fueron 18 horas de camino, valieron la pena, pues al llegar, los paquetes, efectivamente, aún seguían ahí. De inmediato fuimos a la frontera para que nosotros también pudiéramos cruzar, y así fue, con tan solo 17 años crucé por primera vez a los Estados Unidos de América. Una vez en suelo americano, la sensación de tranquilidad volvió a nosotros.

Del Paso nos fuimos todos camino hasta Laredo, pues era más barato el pasaje de Laredo a León que de Juárez a León. Recuerdo muy bien la estación de camiones en Laredo, ya que fue un momento difícil, pues mi mamá y mi papá se tenían que ir a trabajar a Memphis, Tennessee, y de alguna manera comenzar una nueva vida para seguir apoyándonos. El sentimiento de tristeza se hizo presente con lágrimas, pues era la primera vez que mis hermanos y yo nos separábamos de nuestros padres. Aquel abrazo que nos dimos de despedida fue el abrazo más triste y más doloroso.

### La partida y llegada

En 2016 yo estaba cursando el sexto y último semestre de preparatoria. En ese momento únicamente lo que cruzaba por mi mente era terminar mis estudios y convivir con mis amigos, pues tal vez no los volvería a ver. No imaginaba que de un día para otro esa rutina de escuela y esos momentos con mis amigos, esa vida a la que estaba acostumbrado, daría un giro de 180° grados, pues al terminar la preparatoria me fui a vivir

con mis papás a Estados Unidos. ¿La razón? Trabajar y buscar una mejor calidad de vida. El día de mi partida preparé mis maletas y me despedí de mis hermanos. Ellos se quedarían, pues estaban prácticamente a la mitad de su carrera. Yo podía trabajar mientras llegaba mi turno y así continuar con mis estudios en la universidad.

Cuando llegué con mis papás a Memphis me sentía tranquilo por estar de nuevo con ellos y con la ilusión, las ganas y el deseo de salir adelante, de trabajar y algún día volver a estar todos juntos como familia. Sin embargo, la realidad era complicada: no teníamos mucho dinero, rentábamos un cuarto en una casa y el único bien propio era una camioneta que mi papá sacó a pagos, pues más que un lujo era una necesidad, ya que, para poder trasladarnos a los supermercados, al trabajo o cualquier lugar, la red de transporte público era y es deficiente.

Mi papá y yo trabajábamos en una compañía/basurero de reciclaje y todos los días nos levantábamos a las 5:30 am, pues el lugar de trabajo estaba relativamente lejos. El horario era y es de 7:00 am a 5:00 pm de lunes a viernes; sábados y domingos, de 7:00 am a 2:00 pm. Mi mamá trabajaba haciendo el aseo en una escuela por las tardes/noches de lunes a viernes, por lo que saliendo del trabajo mi papá y yo llegábamos rápido a la casa donde nos rentaban el cuarto, comíamos y nos bañábamos para ir a ayudarle a mi mamá, y así ella terminara temprano.

Fueron momentos difíciles. Mi mamá tenía depresión. Todos los días pensaba en mis hermanos. Mi papá no lo demostraba, además de que siempre ha sido fuerte ante las adversidades, pero se le notaba en su mirar. Yo sólo me sentía impotente de no poder ayudar más, de no poder trabajar más, de no tener el dinero suficiente para que ninguno de nosotros estuviese pasando por tal situación. Ahora no sólo teníamos que cubrir los gastos de mis hermanos en México, sino también los de vivir en Estados Unidos.

### Momentos difíciles

Uno de los momentos que más me marcó fue el día de mi cumpleaños, pues era el primer cumpleaños que pasaba lejos de mis hermanos, sin

regalos ni pastel, lejos de mis amigos y de todo aquello que tenía antes de partir. Recuerdo que fui a trabajar como cualquier otro día y al salir, nuevamente llegué rápido para bañarme y comer para después dirigirme a la escuela donde trabajaba mi mamá para ayudarle. Al llegar, vi a una señora con cabello chino, muy bonita, con un par de guantes y bata de trabajo. ¡Era mi madre! Se acercó y me dijo: Hijo, discúlpame por no regalarte nada pero me arreglé el día hoy para ti. ¡Feliz cumpleaños! En seguida me abrazó, y yo, con un nudo en la garganta, sólo le dije: Gracias. A pesar de que era mi cumpleaños me sentía mal, porque no me gustaba ver a mis papás en esa situación. Sentía impotencia y ganas de llorar. Lo mejor que podía hacer era seguir trabajando.

Aunque había días que nos quedaba un poco de dinero para salir los fines de semana, la mayoría de las veces la pasábamos encerrados en aquel cuarto que nos rentaban, algunas veces platicando, otras durmiendo o simplemente escuchando música en un pequeño radio de pilas que teníamos. Había momentos en los que creía que era un sueño, pero no, la realidad era difícil, tan difícil que el único bien material que teníamos, es decir, la camioneta, se descompuso, y mi papá sólo contaba con un pequeño desarmador y unas pinzas; ésa era toda la herramienta. Una vez más, *con una mano adelante y la otra atrás*, mi papá fue a pedir, con mucha pena, un favor más. Afortunadamente yo aprendí a tocar algunos instrumentos cuando tenía 12 años, por lo que pregunté a un grupo musical de la ciudad donde vivíamos si podía ingresar en su agrupación, y para mí buena suerte me dijeron que sí. En el lapso de dos fines de semana conseguí el dinero tocando con el grupo musical, ese dinero lo utilizamos para arreglar la camioneta.

Pasó el tiempo. Poco a poco nos estaba yendo mejor, por lo que nos salimos de la casa donde nos rentaban el cuarto y buscamos una casa compartida o tipo dúplex, como le llaman algunos. Aunque también pagaríamos renta, el espacio era más amplio. Era un baño propio, dos cuartos, y lo único que podíamos compartir era el espacio de sala y la cocina. Sin embargo, cuando llegamos al lugar lo único que teníamos era dos colchones inflables como cama, así hasta que pudimos comprar buenos colchones

y sus respectivas bases. A estas alturas ya casi cumplía un año. Al hablar con mis papás me dijeron que era momento de entrar a la universidad y continuar con mis estudios, por ello tomé la decisión de regresar a México a estudiar, pues de acuerdo a las circunstancias y carencias económicas de ese momento, era más factible y más barato estudiar en México, en cuanto a costos de todo lo que implica estudiar en universidad.

Entonces, después de casi un año volvería a México a ver a mis amigos, a mis hermanos, y estaría en mi casa, por lo que el día de mi regreso preparé mi maleta y mi mamá me preparó unos sándwiches de mermelada para el camino, pues el viaje sería de 36 horas, ya que hasta la fecha sale más barato viajar en autobús que en avión de Memphis a León o viceversa.

En fin, a pesar de que estábamos más estables económicamente, aún no era suficiente. Mi papá me dio casi todo el dinero que le quedaba para comprar comida en el camino o para alguna emergencia. Sin embargo, yo sabía que ellos se quedarían con muy poco dinero, pues ni siquiera habían comprado el mandado de la semana. Entonces me las ingenié y les dejé el dinero en la guantera de la camioneta, ya estando en camino les avisé lo que había hecho para que lo tomaran. Aquel día regresé a México sin ningún peso en mi bolsillo, sólo con un par de sándwiches y una maleta llena de sueños por cumplir.

### Mi sueño mexicano

El 2017 fue el año en que realicé los exámenes para la licenciatura en ciencia política y administración pública tanto en la Universidad EPCA como en la Universidad de Guanajuato Campus León. Mi sueño era estudiar en la Universidad de Guanajuato pero lamentablemente no quedé, por lo que estuve estudiando prácticamente un año en la Universidad EPCA. No obstante, todo el tiempo que duré ahí estuve becado por promedio. Fue en un segundo intento, en el 2018, cuando comencé a estudiar desde cero en la Universidad de Guanajuato Campus León, y el resto ha sido parte de mi historia. Actualmente sigo estudiando y únicamente voy a Estados

Unidos en el periodo de vacaciones, en donde además de pasar tiempo con mis papás también trabajo para pagarme mis estudios.

La experiencia de vivir en un país distinto al propio, con idioma, costumbres y estilos de vida diferentes, es muy difícil. Hay momentos en los que extrañas a tus amigos, a tu familia; extrañas la comida; en esencia, extrañas lo que eras y lo que tenías antes de emigrar. El idioma, por ejemplo, es algo que aún me ha costado pero sigo trabajando en ello. De hecho, hubo momentos que me sentía mal, pues se burlaban de mí y de mis papás porque no entendíamos el idioma. He sufrido discriminación y señalamientos, pero la ilusión, la fe y las esperanzas por tener una mejor calidad de vida siguen presentes.

### Reflexiones

Actualmente, abordar el tema sobre migración o la migración sigue provocando múltiples opiniones, sobre todo en México, con las caravanas de migrantes provenientes de Centro América, pero para efectos de la convocatoria y de mi narración no es mi intención abordar ese tema.

Quiero hacer mención de aquellas personas que se atreven a vivir la aventura del sueño americano, el cual resulta muy difícil, pues la persona, una vez que toma la decisión, sale de su hogar con un par de calzado, ropa, algo de comida para el camino y una mochila o maleta, que pareciera pequeña por fuera pero que por dentro es inmensa, es muy grande, tanto que en su interior puede llevar y cargar con una inmensa cantidad de sueños, esperanza, ilusión, deseo y ganas.

Hay quienes pueden entrar y salir sin ningún problema del país y me incluyo. Sin embargo, me duele saber que existen miles de personas que sufren, lo sufren, y mucho. Sufren racismo, hambre, sed, cansancio, soledad, frío, calor, lluvia, entre muchas cosas y dificultades más para finalmente sufrir al entrar por el medio que sea y así poder cumplir una parte de ese sueño, pero también resulta curioso que, una vez adentro, siguen sufriendo, pues es evidente que atrás han dejado a su país, su lugar de origen, y que

muy probablemente también han dejado atrás a sus amigos, conocidos y, lo más importante, han dejado a su familia (padres, hermanos e hijos).

Estas personas recuerdan el motivo por el cual decidieron ir en busca del tan llamado sueño americano y la mayoría coinciden en la búsqueda de una mejor calidad de vida, más y mejores oportunidades para ellos y su familia, que tal vez después de tanto esfuerzo, sacrificio y sufrimiento logran por fin hacer de ese sueño una realidad o hay quienes simplemente se acostumbran, así es, se acostumbran pero no les deja de doler.

## Carta a una amiga inexistente

CONCEPCIÓN SÁMANO, nacida en Jaral del Progreso, Gto., el 3 de marzo de 1971, estudió filosofía en la Universidad de Guanajuato. Ha sido promotora cultural, en instituciones de gobierno y de manera independiente. Fue becaria por el FOECA en el estado de Guanajuato (2001 y 2004), en el área de poesía. Ha publicado los títulos *Los días de luz amarilla* (Ediciones el Manantial, 2001), *La oscuridad del origen y Melusina o del perenne aroma de claveles* (Dirección Municipal de Cultura de Guanajuato/Colegio de Arquitectos Guanajuatenses, 2009) y *El cuerpo que me lleva* (Ediciones La Rana, 2013). Actualmente radica en Falls City (Salem, OR). Tiene un programa como voluntaria en la radio comunitaria Radio Poder. Realiza actividades literarias en diversas organizaciones, como el Salem Poetry Project y el Instituto de Cultura Oregoniana (promotor y difusor de cultura en lengua hispana), además de desempeñarse laboralmente en áreas de desarrollo humano en el ámbito comunitario.

*Little Town, Oregon*

*Algún día perdido a finales de la segunda década  
de siglo XXI*

### Querida amiga:

Hace tanto que no nos vemos. Como sabes, acabo de volver de México y, nuevamente, no hubo tiempo suficiente para hacer todo lo que quisiera. Nunca imaginé que eran tantas las cosas que quería hacer en aquel lugar donde crecí, en los lugares en los que siempre estuve y en donde, a fuerza de posponer siempre el cumplimiento de los deseos, dejé tantos sin realizar. No tenía noción de lo que el futuro puede traer; como emigrar, por ejemplo, sin poder tener certeza de si algún día se ha de volver, por más que al principio la idea no desaparezca de la mente, de vibrar en cada célula que añora –con desesperación a veces– el retorno, como si emigrar fuera un nuevo nacimiento, pero que exige una cruel separación, quedarse huérfano y añorar con dolor la cercanía de la madre tierra que lo nació, la cercanía de la piel, el aroma del cuerpo terrestre, el latir de sus entrañas, el aliento cálido de su sol.

Quise verte, pero tristemente y como siempre, tus ocupaciones han hecho imposible la coincidencia, tal como sucede acá, en la distancia, donde te marco y no contestas o no me devuelves las llamadas, dejándome hundida en este hueco donde me encuentro viviendo desde hace algunos años ya, así que me he visto en la necesidad de escribirte en esta forma que ya no

se usa, por ver si estas palabras viajeras te llegaran. Es pasmosa la forma en la que se puede estar incomunicado en estos tiempos de vuelos directos, videollamadas y redes que pretenden reunirnos pero que no hacen más que enredarnos, cada vez más, en nuestros propios pensamientos, al grado de llegar a temer que las voces que resuenan en la mente no sean las propias (no puedo, sin embargo, evitar el diálogo con ellas: son mi única compañía desde que me convertí en madre en esta lejanía).

Cuando mi hijo nació, el mundo se redujo a una burbuja espacio-temporal a la deriva sobre un territorio extranjero que, aunque bosque, parece un desierto helado. El pequeño y yo compartimos miradas, calor, sonrisas e, irremediabilmente, llanto que emergió desde la caldera de mi magma, dejando en letargo mis alegrías, soterradas bajo el manto entumecedor que las tormentas arrastran consigo. No quería que me viera inundada, que sintiera el estremecimiento que agitó mi cuerpo cuando caí en cuenta que fue un error dejar mi pueblo, mi familia, para venir a encontrar una nueva, la mía propia; en un arranque de generosidad quise darle la posibilidad de nacer y crecer junto a su padre (que no lo esperaba), a sus hermanos (que vinieron una sola vez trayéndole por regalo sólo objetos usados). En correspondencia a mis buenas intenciones recibí el trato que se da a lo indeseable, lo inútil que representa una carga, acabé exiliada en un pueblito con río y una cascada cuyo rugido alimentan las lluvias otoñales (hacia el fin del verano es apenas una melodía acariciante), un parque infantil maltratado por leñadores sin amor por la vida, pinos imponentes con cicatrices, un café con horno de leña para el pan y un bar donde sirven una dorada cerveza de trigo.

Por si fuera poco, desarrollé miedos que no tenía —a los viejos temores ya ni los recuerdo—, como la amenaza continua de ser detenida manejando sin licencia, el acaecimiento infortunado de algún accidente, los posibles altos costos que no podría saldar y una eventual deportación, de manera que no salí de casa ni me enfermé, porque no tengo *aseguranza* médica —cara y deficiente—, lo que pone a uno fuera de los márgenes y por lo que hay que pagar multas. No hay elección, acá no se puede estar sin pagar por todo; hasta por el aire cobran. En invierno la nieve imposibilita manejar

a veces o caminar siquiera, pero en aquellos días de puerperio también fue cosa del dolor —no sé si dolía más el cuerpo o el alma— que se ensañó con los pezones, la vagina, la cadera; me dolía la distancia, el abandono, el cuerpo no era cuerpo, era un dolor todo él desde el día del parto. Al principio pensé que pasaría luego de algunos días, semanas, tal vez, pero no; se acumularon las semanas, los meses y no fue posible caminar erguida, con las piernas cerradas o dejar la silla sin tener que hacerlo lentamente hasta que el cuerpo identificaba que estaba levantado. Apenas ahora, varios años después, recién siento que volví a mi cuerpo, que le puedo poner alto a sus desvaríos.

Vivo lejos, rodeada de desconocidos (que, poco a poco, se han ido tornando conocidos) que no hablan nuestra lengua. Las amigas —que supuse tener— viven en otra ciudad, pero dijeron que me acompañarían: una se fue a Italia un mes antes y cuando volvió no vino a ver cómo estaba... ni siquiera llamó. La otra se fue a Chicago el mismo día que inicié labor y con ella pasó lo mismo. El padre estuvo algunos días, luego se fue a trabajar los días enteros, rumiando pensamientos que prefiero no reproducir. Mi propia madre no hizo mucho por venir, sólo se quedó con la consigna de no poder hacerlo y a mí tampoco se me ocurrió que debí haber insistido más, hacer lo posible para que viniera, pero no concebí en ese entonces la desolación que se avecinaba.

Cuando descubrí que estaba preñada entré en un estado de gracia y el embarazo fue un total embeleso. Pensé que el parto sería como en el rancho donde nació mi madre, donde otras mujeres —de la familia o no— preparan atole, caldo y remedios para el dolor, ayudan con las cosas de la casa y a cuidar al recién nacido para que las puérperas se asean y descansen de la lactancia agotadora que roba la calma y el sueño. Pero no fue así; me quedé sola como nunca estuve, pese a haber sido la única mujer en mi familia, a no haber vivido con mis padres desde joven y no haberme casado nunca. Fue como salir disparada a través de un túnel interminable y oscuro, sin poder abrir los ojos, sin asideros ni aire suficiente para respirar.

En la primera consulta médica, el doctor cuestionó mi responsabilidad y el siguiente insistió en la cesárea, así que, al final y desencantada, busqué



hasta encontrar una mujer medicina con quien se generó una sinergia poderosa; a nuestros poderes se sumó el del pequeño argonauta que pujaba por arribar a este páramo de aprendizaje y dualidad. No importó que mi cuerpo de 44 años fuera preso de la rigidez que acusa la edad a los huesos, ni que le invadiera el dolor de memorias pasadas: traspusimos todos los obstáculos para surcar las aguas turbulentas del mar que separa de tierra firme a los marinos venidos de las ignotas latitudes donde habitan sus almas y, tras muchas horas, al fin el viajero pudo descansar plácidamente sobre la superficie de mi pecho. No hubo llantos ni aspavientos, sólo unos ojitos abiertos que volvieron a cerrarse para dormir. Yo me sentí poderosa, una criatura briosa y desbocada que había transportado a otro ser portentoso desde un paraje insospechado, lejano y épico. Pero toda esa fuerza no alcanzó para los días por venir; además del dolor y el abandono, un inusual invierno se vertió sobre nosotros. Al paraje donde vivimos lo envolvió un halo cortante que se filtraba a través de las fisuras, desgarrando la mirada, el corazón, las entrañas entumecidas por la dolencia sin fin, perpetuada por la tristeza de carecer — pese a ciertas promesas— de un compañero amoroso — presente al menos— eternizado por la certeza de no tener a dónde ir, muda en la angustia: sombra detrás de la ventana de una prisión imaginaria, alucinando que la nieve había estado una eternidad en torno mío, a miles de kilómetros de alguien que pudiera dar alguna palabra de aliento, de claridad, a mi alma en sombras, vulnerable y confundida como siendo ella misma un asustado cachorro buscando amparo.

Y bien, sobreviví a todo. El dolor, el abandono, la tristeza, el vacío, el duelo por la muerte de lo que fui antes de este gran acontecimiento. Definitivamente ya no me reconozco en la mujer que fui y, aunque ya no tengo la menor idea de lo que traiga el futuro, puedo sentir con toda claridad, sin embargo, que soy más de lo que imaginé, sea eso lo que haya sido. También hubo que pasar el duelo por las amigas que perdí. Ninguna de ellas, ni al menos una de las que han tenido hijos antes que yo y saben lo que es esto, ni al menos una de mis amigas feministas tan airadas e indignadas por los abusos contras las mujeres indefensas y victimizadas, estuvieron cerca, presentes en aquellos días. Obviamente no se trataba de

surcar los miles de kilómetros hasta este valle; hubieran bastado algunas llamadas de vez en cuando, sonidos que rompieran el cristal de oscuridad que se fue densificando hasta formar la noche inerte que yacía en el entorno. Nadie llamó, ni tú, ni siquiera después, cuando también te convertiste en madre y, se supone, podrías haber desarrollado algo de empatía sobre lo que eso significa. Ni siquiera tú, a quien mi madre sí fue a ver y estuvo contigo esas primeras semanas tan cruentas. No alcanzó ese gesto de amor para que me lo hicieras extensivo a través de tus llamadas, de tu presencia por más que fuera virtual y así siguió, creciendo la distancia por la falta de atención de tu parte, tú tan ocupada, tan llena de amigas (ellas sí) y mil cosas qué hacer, que te imposibilitaron a devolverme las llamadas que no respondías, por más que te lo pidiera, para que mi hijo y el tuyo se conocieran y fueran amigos como, se suponía, éramos nosotras. Tuviste muy poco tiempo y luego me lo has dicho: quizá soy tan fuerte que bien podías pensar que no había que preocuparse por mí. Como si yo hubiera querido que te preocuparas: quería compañía, palabras, la sensación de tu presencia. No hay nada de qué acusarte, tienes razón: soy fuerte como un roble, soy granito asolado por mareas desde tiempos inmemoriales, en orillas que la gente como tú desconoce.

Todo el pasado ha muerto después de este nacimiento. Con el hijo nací también yo, de nueva cuenta. Luego de la indefensión a la que el puerperio obliga, reuní fuerzas, volví sobre los pasos de mi vida entera, abracé mi memoria, recogí mis pedazos y levanté con ellos una fortaleza dónde guarecer mis pensamientos, mi cuerpo, mi corazón, dónde estar sola sin temor al temporal y las noches en silencio, no sé sentir nunca más el galcial frío del desamor y donde el sólo abrazo del pequeño alcance para calentar mi invierno, a través del temporal que se antoja eterno en esta región, en este país que me desconoce aún. Recuperé la fuerza de bestia salvaje que parió aquella mañana de otoño, arañando el viento y aullando para alejar al miedo de la alcoba y acaso del resto de la vida. Algún día, si te vuelvo a ver, podré verte con mis nuevos ojos. Ya veremos lo que eso será.

Llamarte “amiga” al inicio de esta carta no ha sido más que una mera formalidad, no me nace volver a pensar que tengo amigas. No tanto por

rencor, cuanto por salud espiritual, será mejor no volver a formarse expectativas sobre las mujeres que me rodean; pero tampoco sobre los hombres, ni unos ni otros, aún entre el barullo de las consignas filantrópicas y humanitarias que alardean, pueden solventar la soledad de nadie ni responder a la que pide ayuda, aunque les llame a sus números telefónicos colgados en sitios de acceso público. Tú no eres pública, pero insistes tanto en un mundo mejor, de solidaridad y amor a las mujeres maternantes como hablamos tantas veces. ¿Cómo así?

He tenido que contarte todo esto para poder sanar, para superar el duelo por tu muerte en mi corazón. He llorado tu pérdida, se ha desdibujado tu rostro, empiezo a olvidar tus palabras, vientecillo cargados de sonidos insustanciales sobre la vida. Gracias por todo, sin embargo. Tengo claro ahora aquello de que en este tren los pasajeros suben y bajan en su tiempo, y es así como se tiene que asumir la vida. No es preciso que respondas, no he escrito para recibir aprobación, compasión o reclamar por nada, ni para generar polémica o molestias, y tampoco mueve mi interés nada de lo que pudieras decir, ni siquiera por curiosidad. Me hubiera gustado que fuera una carta llena de anécdotas y acaso la enunciación de algún plan por venir, o al menos de conversaciones sosas de esas que tienen las amigas contándose sus días, pero no será ya posible. No es mi intención lastimarte o reprochar nada, esta carta es apenas un ademán para despojarme de un sentimiento que no es mío, de emociones que ya no me pertenecen en este tiempo que entonces, cuando te necesité, se llamó futuro y en el que ya no hay más espacio para esa necesidad ni para fingimientos de cordialidades que no existen. Cuando vuelva no quiero cargar con todo esto en mi equipaje ni tener algún pretexto para buscarte.

Sin más por el momento, te deseo que se cumplan tus deseos, que sean venturosos tus días y los de tus hijos.

Sinceramente:

La desterrada.

LUZ VERÓNICA SIERRA ARANDA (León, Gto., 1977) ha intentado hacer visibles a los migrantes en tránsito por México a través de su tesis doctoral.



## El caminar migrante

### El génesis

Con los ojos abiertos,  
sin sueño, sin sueños  
pasa las noches el migrante;  
el hambre devora sus pasos;  
la pobreza, su humanidad;  
la guerra le roba la luna;  
la violencia, la paz;  
sus pasos en el vacío  
corren sin pausa, huyendo de la realidad.  
Y se pregunta el migrante: ¿Para qué nacer entonces?  
En una tierra que le escupe sin piedad hacia una noche infernal,  
a un mundo incierto, frío, en el que no encaja más.  
Tronando fuerte los dedos, imaginando el final,  
se arma de valor el migrante;  
comienza su caminar  
hacia un destino que espera le dé la felicidad.  
Tantas son las ilusiones,  
tan alto el precio a pagar,  
tan humildes sus pisadas,  
que no distinguen sus huellas  
el polvo del lodazal.

El viaje  
Todo muelle, toda calle, tienen sombrío final  
el de las sandalias rotas,  
el de las lágrimas, que no han de nutrir al mar.  
Caminando bajo el sol o en balsas que hunden ausencias,  
domando el lomo de un tren, el viajero lo intenta.  
Un imaginario colectivo, cual contenedor infinito,  
guarda los retazos de historias que contaron los amigos,  
de aquellas ciudades limpias, donde se puede habitar  
sin tener miedo a la muerte, cobrando por trabajar.  
De tal suerte que el migrante puede acallar el miedo, el hambre,  
la angustia para alimentar su sueño,  
para volver a empezar.  
Pero al llegar al encuentro, a la frontera, al final  
sus ilusiones revientan ante la triste verdad,  
de percatarse que el otro  
no lo ve como un igual,  
que su piel, que su idioma  
lo han convertido ya, en un desecho humano  
sin valor ante quien ya, elabora un discurso con conocido final,  
en el que el migrante se convierte en un humano ilegal sin nombre,  
[sin faz.

Ser invisible  
Escondido tras su propio destino  
el migrante se sume en un laberinto invisible,  
en el que con la cabeza gacha percibe la indiferencia del otro.  
Y se vuelve transparente,  
y su corazón entre pisadas late insistente  
frente a aquellos que siendo iguales son diferentes.  
Sus ojos miran al cielo, recordando las palabras  
de su madre quien pensaba que el amor es suficiente cuando las ganas  
[se acaban,

¿Quién distingue géneros?, ¿de edades?, ¿de profesiones?  
 Si el indocumentado no tiene rostro, ni nombre.  
 ¿Quién se pregunta entonces cuando se sube al andamio aquel pequeño  
     [infante al que le duelen los brazos?  
 ¿Cómo no ver a aquella niña de diez años, que perdió a su madre en  
     [el viaje, siendo vendida, acorralada, luchando por ser alguien?  
 ¿Y la madre, cuyos hijos añoran abrazarle, ahora limpia la casa de un  
 conocido magnate que se ha olvidado de ella cuando tuvo un percance?  
 ¿En qué fojas perdidas de este maremoto sin retorno se encuentran  
 inscritos los nombres de los migrantes que han encontrado la muerte en  
     el fondo del mar, en la noche desértica, en las criminales manos del  
                     [delincuente, del odio?

El migrante anhela, codicia, imagina,  
 su vida cobra sentido en las sombras ciudadinas.  
 Y ante las vitrinas limpias, su propio rostro analiza, para comprobar  
     [que aquel que otrora viajara, ha dejado la sonrisa.

Del ser sin pertenecer  
 Después de años de lucha  
 encuentran nuevos amores,  
 conforman nuevas familias,  
 olvidan sus dolores.

Pero en el fondo de su alma, viven aquellos recuerdos  
 [que les dieron pertenencia, alma y sentido.  
 Entonces los migrantes recuerdan  
 sus pueblos, las comidas, las miradas, los amigos...  
 los abrazos que al apretar daban vida;  
 los sonidos del mar, de los bailes, las palabras,  
 el calor de las reliquias que besaban al rezar.

Recuerda el migrante a aquellos ancestros que viven en la voz de sus  
     [silencios, en la tierra que les espera con los brazos abiertos.

En un intersticio del tiempo el migrante busca renacer para florecer  
 en su tierra, y así vuelve a creer que esaquel hombre o mujer que salió sin  
                     [frontera.

Ahora devorado por los ritos de una sociedad extraña  
     [grita su voz profunda, desde el centro de la entraña.  
 Y vuelve tras años de lucha convertido en polvo vivo,  
 a alimentar a su pueblo siendo la ceniza de un volcán malherido.

Imágenes migrantes



### *Una pandemia sin elección*

Diego López Gasca. Nací en Irapuato, Gto. Y desde niño siempre inquieto, atento a descubrir mi alrededor,

He observado el paisaje de Guanajuato con suma admiración. Me encantan los callejones que tienen una bella pinta. Encuentro bastante relajante el tomar fotos de las fachadas de negocios y las calles con alguna peculiaridad; algo simple, algo que transmita y llegue al corazón. Por ello, mi principal colección se llama Another Day In Paradise, porque cada día en el mexicano corazón de la república, hay un paraíso surrealista de colores vibrantes que atisban las miradas en su derredor.

Soy egresado de la Universidad de Guanajuato (ingeniería en comunicaciones y electrónica). Para mí, una tarde en Guanajuato, además que bohemia, es una constante fascinación.

*Una pandemia sin elección* fue tomada en la tarde del 25 de septiembre de 2020, cerca del puente Tepetapa. El semblante cálido de un anciano tomando el sol me hizo pensar que reflexionaba en silencio... Visualicé en mi mente que tan sólo somos instantes, irrepetibles ante la suerte, y tratamos de posponer siempre una inmortalización...



### *Mirada atrapada*

Sara Ixchel Godínez González, o Sahara Cygnus, es estudiante de artes visuales en la Universidad de Guanajuato. En el 2017 participó en una exposición colectiva en el Centro Cultural Regional Centro-Occidente, ISSSTE Cultura. Durante 2018, en el bosquejo del *Tapete de la muerte*, para la escuela Quanaxhuato. En el 2018, en la exposición colectiva El Dibujo como Proyecto, en el Museo de Arte Olga Costa-José Chávez Morado. En la revista *San Miguel Art Magazine* (2018). Y en diversos ámbitos del arte, fue reconocida en el concurso de FELISMA 2020, por ser una de las finalistas en poesía. En junio de 2020, colaboró en la galería virtual de la página CCNB (Cultura y Convivencia para Nuestros Barrios) por el concurso Stay Home Do Art. En agosto de 2020, impartió un taller de dibujo virtual en la causa social Jornadas por Tiara. En octubre del mismo año, otro taller de dibujo con el grupo Sororas y Rebeldes SMA. En el mismo mes, participó en la exposición colectiva Catrines y Catrinas, en la galería Edna Sáenz (Cadereyta Jiménez, NL). En noviembre, obtuvo el tercer lugar en el concurso nacional de fotografía nacional, con la temática de desaparición forzada y violencia de género, convocado por el colectivo Mil Voces y el Colegio Mexicano de Sociología; además de participar en la exposición colectiva internacional MasculinidadEs, Mandatos y Diversidades. Actualmente su obra forma parte en la exposición colectiva virtual Arte Visionario y Psicodélico de la Galería Muesart.



*Mirada atrapada* es una fotografía que hace alusión a la vida de los niños, niñas y jóvenes que deciden cruzar la frontera para encontrarse con sus padres o madres y se ven obstaculizados por una serie de peligros, como el desierto, el hambre y la reja o malla. La obra se enfoca en una mirada de frustración y decepción ante esta malla, que impide el paso hacia el encuentro tan anhelado.



### *Mingalabar*

Jocelyn Porras soy originaria de Irapuato. Siguiendo mi más grande sueño, comencé a viajar de mochilazo a los 19 años. Actriz de profesión, siempre me han interesado las artes orientales y sus manifestaciones artísticas. Actualmente tengo 26 años y cuento con la fortuna de haber pisado 19 países y haber vivido en tres de ellos. Me gusta mucho contar los retos y anécdotas de ser una solo-traveler, para incitar a más mujeres a viajar. Todas las reflexiones las comparto como “Más mujeres por la ruta”.

*Mingalabar.* El año pasado tuve la oportunidad de estudiar artes tradicionales por un año en la Isla de Bali, Indonesia. Durante las vacaciones de invierno, y con motivo de mi cumpleaños, decidí visitar el país birmano durante tres semanas. Fue justo en esos momentos cuando se alertó sobre la pandemia. Recuerdo haber comprado cubrebocas para el viaje, pero me sorprendía la calma con la que se tomaba el asunto a mi alrededor. Como puede apreciarse en la foto, era yo la única que portaba protección.

Me impacta mucho esta foto porque me recuerda el inicio de todo; estando lejos de mi familia, amigos y mi país... Volví a Bali el mismo día que cerraron la frontera para extranjeros. De ahí en más vi desaparecer el color en Asia durante seis meses más, hasta que pude volver a Guanajuato en septiembre pasado.

*Minagalabar* significa “bienvenido” en birmano... Esta captura representa para mí, mi bienvenida a la nueva normalidad. Y bueno, como lo dice mi blusa *C'est la life*.



## *Andantes*

Columba Irene Espitia Díaz es estudiante de la licenciatura de artes digitales, con afición a la fotografía y animación 2d. Admiradora de la fauna y rutas de senderismo en el estado.

*Andantes* es una fotografía realizada con un teléfono celular y una aplicación que simula ser una cámara de negativos aplicando filtros al azar.







### *Resiste*

Mónica Guadalupe Salazar Arriaga nació en Irapuato, Gto. Tiene estudios en ciencias de la comunicación por el Tecnológico de Monterrey Campus Querétaro.

Cuenta en su haber con siete años de trayectoria profesional en fotografía digital; mención honorífica nacional, Camino al pasado (2014); *top rated* en los concursos StoryTelling LensCulture, *Anecdote* (2015) y Street Photography, *Hidden Fears* (2018). Fue cofundadora del Colectivo Tlahuistli en Irapuato. Ha expuesto de manera individual en Irapuato y Abasolo.

*Resiste*. Manuel quiere llegar a su destino sin prisa. Viene de Nicaragua y le queda un largo camino para llegar sano “arriba”, así lo dijo. Desea un mejor futuro para él y sus compañeros.

Nosotros debemos luchar igual que Manuel, para seguir aguantando, esperando y *resistiendo* a lo que venga en el camino de la vida. La paciencia es nuestro mejor aliado

## Índice

CARMELITA REMEDIOS	09
Guadalupe Genaro Guerrero González	
REFLEJOS DE UN SUEÑO MIGRANTE	24
Tereso Alvarado Ortiz	
LOS SABORES DE MI TIERRA	37
Martha Gutiérrez Mata	
DIARIO DE UNA MIGRANTE DURANTE EL COVID-19	42
Irma Zavala Almanza	
FAMILIA DE MIGRANTES	49
Guillermo Santana Zendejas	
MI FAMILIA MIGRANTE	55
María Guadalupe Guzmán Murillo	
PREGUNTAS PARA TODA UNA VIDA	60
Richard Velázquez Perales	
MI HISTORIA DE VIDA COMO MIGRANTE	65
Josué Flores Rodríguez	
CARTA A UNA AMIGA INEXISTENTE	73
Concepción Sámano	
EL CAMINAR MIGRANTE	80
Luz Verónica Sierra Aranda	
IMÁGENES MIGRANTES	85

## DIRECTORIO

**Diego Sinhue Rodríguez Vallejo**

Gobernador Constitucional del Estado de Guanajuato

## INSTITUTO ESTATAL DE LA CULTURA

**Adriana Camarena de Obeso**

Directora General

**Mauricio Vázquez González**

Director Editorial

**Marta Hernández Núñez**

Directora de Promoción Cultural

## SECRETARÍA DEL MIGRANTE Y ENLACE INTERNACIONAL

**Juan Hernández**

Secretario

**Susana Guerra Vallejo**

Subsecretaria de Hospitalidad e Interculturalidad

*“Me duele mucho que mi ahijada no nos escriba, compadre.” Sólo lo escuchó. Para sus adentros pensaba: No es mi culpa que se sientan solos. Se sienten así porque ellos se fueron.*

*La chica no sentía esa necesidad de escribirles porque ella seguía donde mismo, con las mismas personas, excepto por sus padrinos.*

*Su madrina había nacido allá, pero se la trajeron chiquita. Ya en su adultez, un hermano suyo que vivía de ilegal en el otro lado la instó a que arreglara sus papeles para a su vez obtener el beneficio. El proceso duró décadas, pero el famoso hermano lo logró y claro, la familia de su madrina también cambió su residencia.*

*Al principio la comunicación y las visitas eran frecuentes. Con el tiempo, las cartas y los viajes se espaciaron cada vez más. Su padrino falleció hace algunos años. Allá se quedó.*

*Hoy, al leer los relatos que integran esta publicación, parece que ella ha comenzado a comprenderlos; quizá porque su juventud pasó, quizá porque seres queridos han partido, o porque ella misma es ahora extranjera en su propia tierra.*



**GUANAJUATO**  
Gobierno del Estado

Instituto Estatal  
de la Cultura

Secretaría del Migrante  
y Enlace Internacional

